hölderlin

empédocles y escritos sobre la locura

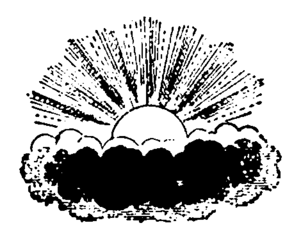




Hölderlin escribió su única tragedia cuatro años antes del largo período de la locura. En ella analiza la desesperación de Empédocles *hastiado de contar las horas*, su rebelión blasfema que le vale la expulsión de la polis, y el sumo acto de arrojarse al cráter del Etna, como intentando una delirante unión con la Naturaleza inmortal.

Este bellísimo texto ha influido en filósofos como Nietzsche o Heidegger, por lo que su edición se hacía imprescindible. La traducción de Feliu Formosa es la primera en dar el texto castellano íntegro. El libro se completa con una serie de documentos sobre el período de la locura.

hölderlin
empédocles
y
escritos sobre la locura



las ediciones liberales
editorial labor s. a.
barcelona



Traducción del alemán de la *Tragedia de Empédocles* por Feliu Formosa.
Versión de los *Fragmentos de Píndaro* por Félix de Azúa a partir de la traducción de François Fédier.
Los *Documentos sobre la locura* han sido recogidos por Félix de Azúa.
Diseño de la cubierta Mercedes Azúa.
ISBN 84 - 335-9808-2
Depósito legal: B. 4.045-1974
© by Editorial Labor, S. A., 1974
Calabria, 235 - Barcelona.
Compuesto e impreso en Tipografía Emporium, S. A.
Ferlandina, 9-11 - Barcelona-1

PRESENTACIÓN

Podríamos considerar que la vida de Hölderlin es un ejemplo de locura. No el mejor ejemplo —es probable que su origen sea debido a un defecto fisiológico concreto: malformación del *ventriculus septi pellucidi* (Gimelin), lo cual da armas a los comentaristas sensatos—, pero un ejemplo notable, por haber tenido lugar de tal modo que no ha sido anónimo.

En su comienzo, entonces, hay que situar el primer momento esclarecedor, aquel que anuncie todo el posterior desarrollo. Comienzo que podría ser el Río (Neckar, Rhin, Ister, Danubio) que tan frecuente es en sus poemas. El Neckar es el río de su infancia y es también el que verá desde la buhardilla de Zimmer. Así opina Jacottet y el fragmento X (*Lo Vivificante*) parece apoyarlo: el río hace de camino y de frontera sobre la tierra primigenia. Es el comienzo del comienzo.

En su fin, podría ser la buhardilla de Zimmer, donde pasó encerrado 36 años, la mitad de su vida. En su poesía aparece el asilo, como final. Y también el Etna (*Empédocles*). Pero el asilo del fragmento *Los Asilos* es distinto del encierro en la buhardilla. Y también el suicidio de Empédocles es distinto. La buhardilla de Zimmer está a medio camino de uno y de otro, no es la «morada de reposo», pero sí «un lugar donde mantenerse»; no es la muerte fulminante, pero sí una ausencia de vida. Un tercer final, que sería el Océano, no es un final, sino la posibilidad de que el río vaya hacia algún sitio.

Mientras Hölderlin va del río al asilo, escribe versos. Y si bien al principio utiliza con evidente exceso la conjunción «pero», en su obra última emplea con exceso las conjunciones «porque», «ya que» y «así» (Rudolf Leonhard). De manera que durante ese recorrido pasará del sorprenderse al habituarse, de lo extranjero a lo familiar.

Una vez establecido lo doméstico como ámbito propio (Heidegger dice, comentando a Hölderlin, que la labor del poeta es construir lo habitable) es extraño que, precisamente entonces, comience la reclusión en la buhardilla. Si la morada natural ya no asombra, ¿por qué elegir necesariamente, la reclusión y el apartamiento?

Es posible que en este punto se sitúe una decisión original de Hölderlin, aquella que le hace escribir:

> *No creen en lo divino más que aquellos que ya de por sí son dioses.*
>
> (Hyperion)

y también:

> *Pasó ya el tiempo de los reyes.*
>
> (Empédocles)

Si se acepta seriamente esta doble exclusión de dioses y de reyes, la vivienda familiar construida aparece como un ámbito del hombre, usurpado por falsos dioses y reyes. Y entonces, aquellos que descubren la naturalidad del anonimato para un orden natural, aquellos que no aceptan la nombradía, no tienen más remedio que hacerse, por propia voluntad o por voluntad ajena, tránsfugas.

Pasar al subterráneo, apartarse, libremente o por necesidad, de la nombradía, parece ser un rasgo característico de esta locura de Hölderlin, o de Nietzsche también. De Artaud quizás. De *La Locura moderna,* en fin.

De ser así, aparece claramente la función de sus nombres de loco (Scardanelli, Killalusimeno, Buonarotti, el señor Bibliotecario), los cuales mantienen, de un modo coherente, en vida a aquel otro que ya no es (Hölderlin) un nombre.

FÉLIX DE AZÚA
Barcelona, 1973

NOTA DEL TRADUCTOR

En las ediciones de las obras completas de Hölderlin (por ejemplo la de Stuttgart, 1962) hay, como es lógico, un gran aparato erudito: proyectos de Hölderlin para La muerte de Empédocles, *notas, etc. Todo este aparato no cabe en una edición de las características que tiene la nuestra. Para orientación del lector, haremos una breve clasificación del tipo de notas eruditas que hay en la mencionada edición alemana:*

— *Frases o conceptos pertenecientes a Empédocles de Agrigento incluidos por Hölderlin en su tragedia.*
— *Notas escritas por el autor en los márgenes de sus manuscritos (generalmente, exégesis o ampliación de conceptos).*
— *Citas pertenecientes a otras frases de Hölderlin, relacionables o coincidentes con frases y conceptos del* Empédocles.

— Conjeturas sobre fragmentos perdidos.
— Aclaración de alusiones mitológicas, que son mínimas.

No hay pues, nada que sea imprescindible para una mejor comprensión del texto. Las tres versiones fragmentarias, procedentes al parecer de los años 1798-99, son perfectamente legibles y de una gran fuerza lírica y dramática. Su carácter fragmentario parece responder más a un proceso creador interno que a fenómenos o incidentes externos. Se trata de un texto que, en el caso de Hölderlin, sólo podía adoptar la forma que tiene, como la Sonata 101 de Beethoven, con sus dos únicos tiempos, o la llamada Sinfonía Incompleta de Schubert.

Dando íntegras las tres versiones, creemos facilitar una aproximación importante al mundo del gran poeta de Suabia. En las tres, se observa una progresiva concentración hacia lo lírico simbólico. Este proceso impide toda refundición.

FELIU FORMOSA

EMPÉDOCLES

LA MUERTE DE EMPÉDOCLES

(PRIMERA VERSIÓN)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

PANTEA. DELIA.

PANTEA. Aquí está su jardín. Allá en la sombra
secreta, donde brota la fuente, allí estaba de pie,
hace muy poco, cuando yo pasaba... Tú,
¿no lo has visto nunca?

DELIA.
¡Oh, Pantea! En realidad, sólo estoy desde ayer
con mi padre en Sicilia. Pero antes,
siendo aún niña, lo vi
sobre un carro de guerra en los juegos de
Olimpia.

Por entonces hablaban mucho de él, y siempre
me ha quedado su nombre.

PANTEA. ¡Tienes que verlo! ¡Ahora!
Se dice que las plantas, a su paso,
le prestan atención, y que las aguas bajo tierra
pugnan por brotar donde su vara toca el suelo!
¡Puede que todo sea cierto!,
y que si contempla en el cielo las tormentas,
se abre la nube y surge esplendoroso
el día claro!
¿A qué hablar, sin embargo? ¡Tienes que verlo por ti misma!
¡Un solo instante! ¡Y luego, fuera! También yo lo evito...
Un ser terrible, que todo lo transforma, habita en él.

DELIA. ¿Cómo puede vivir con otras gentes? Nada
comprendo de este hombre;
¿tiene, como nosotros, esos días vacíos,
en que uno se siente viejo y fútil?
¿Hay también para él dolor humano?

PANTEA. ¡Ah! Al verlo aquí la última vez
a la sombra de sus árboles, le invadía sin duda
su propio, hondo dolor..., a él, el Divino.
Con extraña tensión y una triste fijeza en los ojos,
como tras una enorme pérdida, miraba
hacia abajo, a la tierra, o a lo alto, más allá de las sombras
de la arboleda, como si en el azul lejano
se perdiese su vida, y la humildad
de su semblante regio, hizo presa
en mi mortificado corazón... ¡También tú te hundirás,
hermoso astro! Y ya no falta mucho.
Lo presentí...

DELIA. ¿Hablaste ya
con él, Pantea?

PANTEA. ¡Oh, qué recuerdos me traes! No hace mucho, yacía
postrada por mortal enfermedad. Se iba extinguiendo
la luz del día frente a mí, y en torno al sol,
como espectro sin alma, erraba el mundo
tambaleante. Mi padre entonces, aunque es
acérrimo enemigo del gran hombre, hizo llamar,
en aquel día ya sin esperanzas,
al íntimo confidente de la naturaleza,
y cuando él, el Magnífico, me hubo tendido
el filtro saludable, la vida que luchaba
dentro de mí volvío a unirse en un todo
con mágica conciliación, y como si a la infancia
de dulce ingravidez hubiese vuelto,
pasé durmiendo en vela muchos días,
y un hálito tan sólo me bastaba...; entonces,
cuando mi ser, con fresco gozo, volvía a desplegarse
por vez primera en el mundo, que tanto tiempo
me faltó, y se abrían mis ojos
con juvenil curiosidad al día, allí estaba
él, ¡Empédocles! ¡Oh, que divino
y qué presente para mí! Y al sonreir sus ojos,
en mí la vida floreció de nuevo, ¡ah!
Como una nubecilla matutina, se deslizó mi corazón
hacia la luz, alta y suave, y yo fui el tenue
reflejo suyo.

DELIA. ¡Oh, Pantea!

PANTEA. ¡El tono de su voz! ¡En cada sílaba
todas las melodías resonaban! ¡Y en
su palabra, el espíritu! —A sus pies
quisiera estar horas y horas, ser su alumna,
su hija, con la vista en su éter, y elevar
mi júbilo hacia él, hasta que, en lo más alto
de su cielo, se perdiera mi mente.

DELIA. ¡Qué diría, oh amiga, si lo supiera!

PANTEA.

No lo sabe. Libre de necesidades, recorre
su mundo propio; con la suave calma de los dioses,
camina entre sus flores, y las brisas
no osan molestarle en su ventura, y sale de sí mismo,
en un creciente goce, el entusiasmo que le invade,
hasta que de la noche del éxtasis
creador, como un destello, surge el pensamiento
y, apacibles, los espíritus de futuras acciones
se agolpan en su alma, y el mundo,
la vida hirviente de los seres humanos
y la naturaleza, más grande, se muestra en torno a él;
y él siente como un dios en sus elementos, y su gozo
es un canto celeste; sale entonces también
a mezclarse entre el pueblo, los días en que la turba
se excede en su arrebato y el tumulto indeciso
tiene necesidad de un ser enérgico,
y él reina entonces, magnífico piloto,
y su ayuda les salva, y cuando desearían
ya verle hasta saciarse, acostumbrarse al hombre
que siempre les fue extraño, se les va
antes que se den cuenta. —Lo atrae hacia sus sombras
el silencioso mundo vegetal, donde se halla mejor,
y su vida secreta, que ante él
está presente con todas sus fuerzas.

DELIA.

¡Oh oráculo! ¿Cómo sabes tú todas estas cosas?

PANTEA.

Le sigo con la mente ¿Cuánto me queda aún
que pensar sobre él? ¡Ay! Y si llego
a comprenderlo, ¿que me quedará? Ser él mismo, eso sí

es la vida, y los demás sólo somos su sueño.
También su amigo Pausanias me ha contado ya
mucho de él. No hay día que este joven
no lo vea, y el águila de Júpiter sin duda
no está más orgullosa que Pausanias, ¡lo creo!
DELIA. No puedo censurar, amiga, lo que dices,
pero mi alma siente una extraña aflicción
a causa de ello. Quisiera ser igual que tú,
y luego no quisiera ya serlo. ¿Sois así todos
en esta isla? También nosotros nos complacemos
en los grandes hombres, y uno de ellos
es ahora el sol de las atenienses,
¡Sófocles! Entre todos los mortales, fue el primero
a quien se reveló la más gloriosa
naturaleza de virgen, y su alma se dio
para que de ella quedase un recuerdo purísimo;
todas quisieran
ser una idea del Magnífico, y con gusto desean,
antes que se marchite, salvar la juventur por siempre bella
para el futuro en el alma del poeta;
cavilan y preguntan quién es, entre las vírgenes
de la ciudad, la más grave, dulcísima heroína
a la que llamó Antígona y se iluminan
nuestras frentes, cuando el amigo de los dioses
pisa el teatro al llegar el día sereno de la fiesta.
Pues no hay resentimiento alguno en nuestro agrado
y nunca el amable corazón se pierde
en una adoración dolorosamente férvida.
Tú te sacrificas. Creo, en verdad, que su estatura
es demasiado grande para dejarte en paz;
amas sin límite al que no tiene límites,
y a él, ¿de qué le sirve? Si tú misma has sentido la amenaza
de su caída, ¿es preciso, hija mía,
que te pierdas con él?

PANTEA. ¡Oh, no me pongas
orgullosa, y no temas por mí como por él!
Yo no soy él, y si se pierde,
su caída no puede ser la mía,
porque también es grande la muerte de los grandes;
lo que a este hombre le suceda,
créeme, no le sucede más que a él,
y aunque hubiese pecado contra todos los dioses
y atraído todo el peso de su ira,
si yo quisiera pecar como él,
para sufrir con él la misma suerte,
sería como un intruso que se mezcla
en la querella de los que se aman. ¿Qué quieres?,
dirían simplemente los dioses, tú no puedes,
insensata, ofendernos como él.
DELIA. Puede que seas
más semejante a él de lo que piensas, ¿cómo,
de lo contrario, hallarías en él tal complacencia?
PANTEA. ¡Oh corazón amado!
Yo misma no sé por qué
le pertenezco —¡si le vieras!—. Yo pensaba
que saldría quizás; lo habrías visto entonces
alejarse —¡era un deseo! ¿No es verdad? Debería
quitarme el hábito de desear, porque parece
como si nuestra impaciente plegaria
no fuese del agrado de los dioses, ¡y tienen razón!
No quiero nunca más..., pero debo esperar
oh dioses de bondad, y nada conozco
más que a él...
¡Igual que las demás, os pediría sólo
la luz del sol y la lluvia, si pudiera!
¡Oh eterno misterio, lo que somos
y buscamos, no podemos hallarlo; lo que
hallamos, no lo somos! —¿qué hora
puede ser, Delia?
DELIA. Ahí viene tu padre.
No sé si debemos quedarnos o partir...

PANTEA.
¿Qué dices? Mi padre? ¡Ven! ¡Nos vamos!

ESCENA SEGUNDA

CRITIAS, *arconte*. HERMÓCRATES, *sacerdote*.

HERMÓCRATES. ¿Quién anda ahí?
CRITIAS. Mi hija, parece,
y Delia, la hija del amigo que, como invitado,
llegó ayer a mi casa.
HERMÓCRATES.
¿Es un azar? ¿O lo buscan también
y creen, como el pueblo, que ha desaparecido?
CRITIAS. La extraña leyenda no debió de llegar, hasta el momento,
a oídos de mi hija. Pero ella, como todos los demás,
está pendiente de él: aunque estuviese lejos,
en bosques o desiertos, más allá de los mares
o en las profundidades de la tierra, dondequiera
que pueda transportarle su espíritu sin límites.
HERMÓCRATES.
¡Nada creo! Porque sería necesario que lo viesen,
para que tan desenfrenado delirio se apartase
de ellos.
CRITIAS. ¿Dónde está pues?
HERMÓCRATES.
No muy lejos de aquí. En la sombra,
sentado con el alma ausente de él. Porque los dioses
le han quitado su fuerza,
desde el día en que, ebrio, se dio el nombre
de dios ante todo el pueblo.
CRITIAS. El pueblo está tan ebrio como él;

no atiende a leyes ni a necesidades
ni a juez alguno; las costumbres,
bajo un fragor incomprensible, han sido
inundadas como riberas plácidas.
Todos los días se han vuelto una fiesta delirante,
una fiesta que se sustituye a todas, y los discretos
días festivos de los dioses, se han fundido
en uno solo; ofuscándolo todo,
envuelve el mago, cielo y tierra
en la borrasca que nos ha formado
y lo contempla y se goza su espíritu
en su recinto sosegado.
HERMÓCRATES. Ha sido poderosa
el alma de este hombre entre vosotros.
CRITIAS. Te lo digo: no le conocen mas que a él
y sólo de él quieren tenerlo todo,
tiene que ser su Dios, su soberano.
Yo mismo sentí honda vergüenza en su presencia,
cuando salvó a mi hija de la muerte.
¿Qué és, Hermócrates, lo que en él reconoces?
HERMÓCRATES. Mucho los dioses le han amado.
Pero no es el primero que, después,
han arrojado a la noche sin conciencia
desde la cima de su benigna confianza,
por olvidar demasiado las distancias
en su dicha excesiva, y por sentirse
sólo a sí mismos; así ocurrió con él, ha sido
castigado con la desolación sin límites
Pero no es ésta aún su última hora;
porque, mimado tanto tiempo, aún no soporta
en su alma la ignominia, así lo temo,
y su adormecido espíritu arderá
de nuevo en su venganza
y, a medias desvelado, soñador terrible,
dirá, como los antiguos arrogantes
que recorrían el Asia con el cálamo
que los dioses nacieron un día de su verbo.
Y el mundo vasto, exultante de vida, se hallará
ante él como su posesión perdida,
y se agitarán deseos monstruosos

en su pecho, y doquiera que se lance
la llama, se abrirá una vía libre.
La ley, el arte, la costumbre y la sacra leyenda
y lo que, antes de él, maduró a tiempo,
él lo dispersará, y ni la paz ni el gozo
podrá soportar más entre los vivos.
Nunca más volverá a ser el Pacífico.
Al tiempo que todo se habrá perdido,
de todo volverá él a apropiarse, y al furioso
ningún mortal detendrá en su arrebato.

CRITIAS. Oh, anciano! Ves cosas sin nombre.
Es cierta tu palabra, y si se cumple,
¡ay de ti, Sicilia, que tan bella
eres con tus florestas y tus templos!

HERMÓCRATES.
La sentencia de los dioses le alcanzará, antes
de que empiece su obra. Reúne al pueblo en asamblea
para que les muestre la faz de este hombre,
del que dicen que ha ascendido
volando al éter. Que sean testigos
del anatema que voy a anunciarle
y lo arrojen al desierto desolado,
para que allí, sin regresar jamás,
expíe la mala hora en que se hizo
igual a un dios.

CRITIAS. ¿Y si, audaz, se adueña
del pueblo débil? ¿no temes por mí,
por ti y por tus dioses?

HERMÓCRATES.
La palabra sacerdotal quiebra el ánimo audaz.

CRITIAS. Y luego, tras haberle amado tanto,
¿lo expulsarán —cuando el sacro anatema
pese afrentosamente sobre él— de sus jardines,
donde vive con gusto, y de su ciudad natal?

HERMÓCRATES.
¿Quién tolerará en el país al mortal
señalado por tan merecida maldición?

CRITIAS. ¿Y si apareces tú como un blasfemo
ante quienes lo miran como un dios?

HERMÓCRATES.
El paroxismo pasará, tan pronto vuelvan
a ver de nuevo con sus ojos al que ahora
se imaginan perdido en las divinas alturas.
Han empezado ya su conversión,
porque ayer, afligidos, vagaban sin rumbo
por estos contornos, y hablaban mucho de él,
cuando yo me crucé en su camino.
Les dije entonces que hoy iba a conducirles
a su presencia, y que entretanto
esperasen tranquilos en sus casas.
Y por esta razón te pedí que salieras
conmigo, para ver si me han prestado
obediencia. Aquí no se ve a nadie. Ven.
CRITIAS. ¡Hermócrates!
HERMÓCRATES. ¿Qué sucede?
CRITIAS. Allí lo veo,
en verdad.
HERMÓCRATES. ¡Vámonos, Critias,
para que no nos atraiga en su discurso!

ESCENA TERCERA

EMPÉDOCLES *(solo).*
En mi silencio entraste con pasos furtivos,
me descubriste abajo, en las sombras de mi
gruta,
¡Oh, Amable! No fue inesperada tu venida,
y lejos, por encima de la tierra, percibí
perfectamente tu regreso, día hermoso,
y el de mis confidentes. ¡Oh activas, veloces,
fuerzas de lo alto! ¡Y estáis cerca
de mí otra vez, como siempre, felices
árboles sin error de mi floresta!
Crecisteis entretanto y cada día, humildes,
la fuente de los cielos os regaba
con luz, y os fecundaba con destellos de vida,
en vuestra florescencia, el éter, ¡oh entrañable
naturaleza! Te tengo ante mi vista,

¿conoces aún al amigo tan amado?
¿No me conoces ya? ¿No conoces
al sacerdote que venía a ofrecerte el canto vivo
como sangre de víctimas inmoladas con gozo?
¡Oh, junto a las sagradas cisternas, donde mansas
las aguas se acumulan, y los que tienen sed
se rejuvenecen en el día tórrido! En mí,
en mí os metisteis, fuentes de la vida,
afluyendo de las profundidades
del mundo, y acudían los sedientos
a mí. Ahora estoy seco, y ya nunca les doy
contento a los mortales —¿estoy tan solo?
¿Y es de noche aquí arriba, en pleno día? ¡Ay!
Aquél que vio más alto que ojo mortal alguno,
cegado, ahora anda a tientas,
¿dónde estáis, dioses míos? ¡Ay!
Me dejais como a un mendigo, y este pecho
que con amor os presintió, lo arrojáis de vosotros
al abismo y lo atáis con angostas ligaduras inicuas,
a él, que nació libre, que existe por sí mismo
y no es de nadie más? ¿Y he de sufrirlo
como los débiles que en el medroso Tártaro
se forjan en la antigua tarea
diaria? ¡Yo me he reconocido! ¡Yo lo quiero!
¡He de tener aire que respirar, ah!, ¡y que se
haga de día!
¡Fuera! ¡Por mi orgullo! ¡No besaré el polvo
de este sendero que recorrí antaño
en un hermoso sueño!— ¡se acabó!
Fui amado, amado por vosotros, oh dioses,
os experimenté, os conocí, obré con vosotros;
según me conmovíais el alma, os conocía;
así vivisteis en mi —¡Oh, no! ¡No fue
un sueño! En este corazón pude sentirte,
¡éter callado!, cuando el extravío de los mortales
me invadió el alma y tú, para curarme, rodeaste
con tu soplo mi pecho que el amor lastimaba.
¡universal conciliador!, ¡y vieron estos ojos
tu actividad divina, luz que todo lo expande!
y a vosotros, los restantes poderes infinitos...
¡Oh figura espectral! ¡Todo ha pasado, y tú

no quieras ocultártelo! Tú mismo
te has cargado de culpa, pobre Tántalo,
has profanado el santuario, con orgullo insolente,
has quebrantado la bella alianza,
¡miserable! ¡Cuando los genios del mundo,
llenos de amor, en ti se olvidaban de sí mismos,
sólo pensaste en ti, pobre necio, y creíste
que ellos, tan bondadosos, se te habían vendido,
y que los celestiales te servían como esclavos
estúpidos!
¿No hay en ninguna parte un vengador,
y yo solo debo llamar sobre mi alma
el escarnio y la maldición? Nadie
mejor que yo me arrancará de la cabeza
la délfica corona, ni me arrebatará los rizos,
como conviene al vidente calvo...

ESCENA CUARTA

EMPÉDOCLES. PAUSANIAS

PAUSANIAS. ¡Oh potencias
celestes, ¿qué es esto?
EMPÉDOCLES. ¡Vete!
¿Quién te ha enviado? ¿Vas a realizar
en mí tu acción? Te lo diré todo,
si no lo sabes; luego actúa en consecuencia.
¡Pausanias! ¡Oh, no busques al hombre
a quien tu corazón se inclinó, porque
no existe ya, y márchate, buen joven,
pues tu semblante me inflama el espíritu,
y, sea bendición o maldición, es excesiva,
si de ti viene, cualquiera de ambas cosas.
¡Hágase, sin embargo, lo que quieras!
PAUSANIAS. ¿Qué ha ocurrido? Largamente
te he esperado, y al verte desde lejos,
he dado gracias a la luz del día,
y ahora te hallo, ¡hombre sublime! ¡ay!, como
el roble

herido por Zeus, destrozado de pies a cabeza.
¿Estabas solo? No distinguí las palabras, pero aún
resuena en mí su extraño acento de muerte.

EMPÉDOCLES.
Era la voz del hombre que se había ufanado
más que cualquier mortal, porque la naturaleza
benigna le dio un exceso de ventura.

PAUSANIAS. Tener, como tú, intimidad con todo
lo que de divino hay en el mundo
nunca es demasiado.

EMPÉDOCLES. Así hablaba yo también,
mi buen amigo, cuando el divino hechizo
no se había retirado aún de mi espíritu,
y los genios del mundo aún me amaban
con el amor más entrañable.
¡Oh luz celeste! —no fueron los humanos
quienes me lo enseñaron— hace ya mucho,
al no poder hallar mi anhelante corazón
a la que lleva en sí toda vida, me volví a ti;
en un gozo devoto, confiándome como la planta,
me aferré a ti largamente, a ciegas,
porque al mortal le cuesta reconocer a los puros;
pero cuando el espíritu floreció en mí, como floreces
tú mismo, te conocí, y lo grité: estás vivo,
y cuando, sereno, caminas en torno a los mortales
y, con tu juventud celeste, haces resplandecer
la favorable luz que de ti emana sobre todas las cosas,
para que todas tengan el color de tu espíritu,
la vida para mí también hizo poema.
Porque tu alma estaba en mí, y sin recelo
se entregó mi corazón, como tú, a la grave tierra,
que padece, y a menudo, en la noche sagrada,
le hice promesas de amarla hasta la muerte,
a ella, preñada de destino, con lealtad exenta de temor,
sin desdeñar ninguno de sus enigmas.

Entonces, en el bosque hubo otra clase de murmullos,
y tiernamente sonaron las fuentes de sus montes.
Todas tus alegrías, ¡oh tierra! no las que, sonriente,
ofreces a los débiles, sino las gloriosas,
las que, cálidas y verdaderas, maduran
con esfuerzo y amor, todas me las diste,
y cuando, con frecuencia, me hallaba en una cumbre remota
y meditaba asombrado sobre el sagrado desvarío de la vida,
movido demasiado hondamente por tus cambios,
y presintiendo el propio destino,
respiró entonces el éter, como tú en torno a mi pecho
lastimado de amor, y me curó,
y en sus profundidades, por ensalmo,
se resolvieron mis enigmas...

PAUSANIAS. ¡Feliz tú!

EMPÉDOCLES.

¡Lo fui! ¡Oh, si pudiera decir cómo ocurrió,
darles nombre... al cambio y a la acción de tus fuerzas de genio,
soberanas, cuyo camarada fui, oh naturaleza!
¡Si pudiera, tan sólo una vez más, ante mi alma evocarlos,
porque mi pecho mudo, que la muerte devasta,
resonara con todos tus sonidos!
¿Lo soy aún? ¡Oh vida!, ¿oí el murmullo
de todas tus aladas melodías, y escuché
tu antigua consonancia, oh gran naturaleza?
¡Ah! ¿no he vivido abandonado de todos
con esta tierra sacrosanta y esta luz,
y contigo, a quien nunca el alma deja,
oh padre éter? ¿y con todos los vivos
en un único Olimpo bien presente?
Ahora lloro como un desterrado,
y no puedo quedarme en parte alguna, ay,
y a ti también te arrancan de mí —¡no digas nada!

El amor muere al escapar los dioses,
bien lo sabes, déjame ahora, no seré jamás
el mismo, y tú no eres nada mío.

PAUSANIAS.

Lo eres aún, tan cierto como lo fuiste antes,
y deja que lo diga: no comprendo
cómo así te aniquilas a ti mismo.
Quiero creer que tu alma se aletarga
dentro de ti, de vez en cuando, tras abirse
al mundo demasiado, como suele encerrarse
la tierra que amas en un hondo reposo.
¿Dices, cuando ella descansa, que está muerta?

EMPÉDOCLES.

¡Qué esfuerzo amable para urdir consuelos!

PAUSANIAS.

Haces mofa, tal vez, de un inexperto.
¿Piensas que sólo digo incoherencias,
ahora que sufres, porque de tu dicha
no llegué a hacerme cargo como tú?
No te vi en tus acciones, cuando el bárbaro Estado
adquirió forma y sentido por tu causa; conocí
el poder de tu espíritu y su mundo, cuando más
de una vez una palabra tuya, en el sagrado instante,
creaba para mí muchos años de vida,
y así se abría una era nueva y bella
para el adolescente; como a los mansos ciervos,
cuando el bosque murmura a lo lejos y recuerdan su cuna,
así me palpitaba a menudo el corazón, al explicarme
tú la dicha del mundo originario, y no trazaste
ante mí las grandes líneas del futuro,
como añade la segura mirada del artista
a todo el cuadro un miembro que faltaba;
¿no ves claro ante ti el destino de los hombres?
¿No conoces las fuerzas de la naturaleza
para guiarlas, en una intimidad que no posee
ningún mortal, a tu antojo, con tranquilo poder?

EMPÉDOCLES.
¡Basta! No sabes qué espina es para mí
cada palabra que pronuncias.
PAUSANIAS. ¿Debes odiarlo todo en tu despecho?
EMPÉDOCLES.
¡Oh, respeta las cosas que no entiendes!
PAUSANIAS. ¿Por qué
me las ocultas y haces de tu pena un misterio
para mí? Nada más doloroso, créeme.
EMPÉDOCLES. Y nada más doloroso, Pausanias,
que aclarar el misterio de una pena, ¿no lo ves?
¡Ah! Preferiría que nada supieras
de mí y de toda mi aflicción. ¡No!
¡No habría que expresarlo, naturaleza santa
y virginal, que escapa a la grosera inteligencia!
Te he despreciado y me he considerado
yo solo el dueño, ¡bárbaro altanero!
Me guié por vuestra simplicidad,
potencias puras, siempre juveniles,
que con gozo me criasteis, y me nutristeis de deleites,
y por venir a mí siempre idénticas,
oh bondadosas, no os honró mi alma
La conocí, la aprendí de memoria,
la vida de la naturaleza, ¡cómo podía aún
ser para mí tan sagrada como antes! Los dioses
se habían puesto a mi servicio, yo era el único
dios, y así lo proclamé con orgullo atrevido.
¡Oh, créeme, hubiese sido mejor para mí
no haber nacido!
PAUSANIAS. ¿Que? ¿Por una palabra?
¡Cómo puedes desalentarte así, tú, tan audaz!
EMPÉDOCLES.
¿Por una palabra? Sí. Y que me reduzcan
los dioses a la nada, como antes
me amaron.
PAUSANIAS. Otros no hablan como tú
EMPÉDOCLES.
¡Los otros! ¿Cómo podrían hacerlo?
PAUSANIAS. ¡En verdad,
hombre maravilloso! Tan a fondo

nadie amó ni vio jamás el mundo eterno,
sus genios y sus fuerzas como tú,
y por ello tú solo proferiste también
la audaz palabra, y por ello sientes asimismo
hasta ese punto, que una sílaba altiva
te arrancase del pecho de los dioses,
y con amor te ofreces a ti mismo a ellos
en sacrificio, ¡oh Empédocles!

EMPÉDOCLES. ¡Mira! ¿Qué es eso?
¡Hermócrates, el sacerdote, y con él
una masa de gente! Y Critias, el arconte.
¿Qué desean de mí?

PAUSANIAS Largo tiempo ha estado buscando
el lugar donde hallarte.

ESCENA QUINTA

EMPÉDOCLES. PAUSANIAS.
HERMÓCRATES. CRITIAS. AGRIGENTOS

HERMÓCRATES. Aquí está el hombre, del que decís
que ha ascendido al Olimpo en cuerpo y alma.

CRITIAS.
Y es triste su aspecto como el de los mortales.

EMPÉDOCLES. ¡Míseros burlones! ¿Gozáis viendo
sufrir a un hombre que os pareció grande?
¿Consideráis que es presa fácil
el fuerte, cuando se ha debilitado?
Os tienta el fruto que, maduro, cae al suelo,
pero créedme, no todo madura para vosotros.

UN AGRIGENTINO. ¿Qué es lo que ha dicho?

EMPÉDOCLES. Por favor, marchaos,
cuidad de vuestras cosas, y no os mezcléis
en lo mío...

HERMÓCRATES. ¿No podrá el sacerdote
decirte unas palabras?

EMPÉDOCLES. ¡Ay,
dioses puros! ¡Dioses vivos!
¿Ha de emponzañar este hipócrita mi pena?

¡Vete! A menudo te he dejado tranquilo,
déjame, pues, tranquilo ahora.
Sabes muy bien, y así te lo he indicado,
que te conozco, a ti y a tu nocivo gremio,
y durante mucho tiempo fue para mí un enigma
que la naturaleza os tolerase en su orbe.
¡Ah, cuando aún era niño, ya os huía
mi piadoso corazón, corruptores de todo;
insobornable, se aferraba con amor profundo
al sol y al éter y a todos los enviados
de la gran naturaleza, presentida de lejos.
Porque sentí sin duda, en mi temor,
que pretendíais reducir a un vulgar culto
el libre amor del corazón a Dios,
y que yo había de entrar en vuestros manejos.
¡Fuera! No puedo ver ante mi al hombre
que ejerce lo sagrado como industria.
Su rostro es falso, y frío, y muerto,
como lo son sus dioses. ¿Por qué os quedáis ahí
turbados? ¡Partid ya!

CRITIAS. No antes
de que la santa maldición marque tu frente,
¡blasfemo impúdico!

HERMÓCRATES. ¡Cálmate, amigo!
Ya te dije que, sin duda, el despecho
haría presa en él. ¡Me desprecia
este hombre, ya lo oísteis, ciudadanos
de Agrigento! Y yo no tengo ganas
de intercambiar con él duras palabras en una disputa
brutal. No conviene a un anciano. ¿Queréis
preguntarle a él mismo quién es?

EMPÉDOCLES. ¡Oh, dejadlo!
Ya veis que a nadie reconforta
irritar a un sangrante corazón. Concededme la gracia
de recorrer tranquilo el sendero por donde ando,
el sagrado sendero callado de la muerte.
Desuncís del arado la bestia para el sacrificio
y no vuelve a azuzarla el pincho de su guía.
Dejadme a mí también; no degradéis

mi sufrimiento con malignos discursos,
porque es sagrado, y dejadme el pecho libre
de vuestra miseria; su dolor es de los dioses.

AGRIGENTINO PRIMERO.
¿Qué ocurre, Hermócrates, para qué diga
este hombre tan extrañas palabras?

AGRIGENTINO SEGUNDO.
Dice que nos vayamos como si nos temiera.

HERMÓCRATES.
¿Qué os parece? Tiene ofuscados los sentidos,
porque se hizo dios a sí mismo ante vosotros.
Pero, como nunca créeis mis discursos,
preguntadle a él mismo. Que lo diga.

AGRIGENTINO TERCERO. Sí, te creemos.

PAUSANIAS. ¿Le vais, pues, a creer?
¿Es que no tenéis vergüenza? Vuestro Júpiter
no os gusta hoy; su expresión es sombría;
vuestro ídolo se os ha vuelto incómodo,
y a éste, ¿le vais a creer? Ahí está y se halla
apenado, y se calla el espíritu
por el que los jóvenes, en este tiempo sin héroes,
van a sentir nostalgia cuando ya no exista,
y vosotros reptáis y silbáis en torno a él.
¿Podéis hacerlo? ¿Y vuestros sentidos son tan rudos
que el ojo de este hombre no os avisa?
Y porque es dulce, se atreven con él
los cobardes... ¡Santa naturaleza! ¿Cómo aguantas
también tú, en tu orbe, tales sabandijas?
Ahora me miráis, y no sabéis
lo que hay que hacer conmigo; deberíais
preguntarle al sacerdote, a él, que todo lo sabe.

HERMÓCRATES.
¿Oís cómo nos insulta en pleno rostro,
a vosotros y a mí este joven insolente? ¿Por qué no?
Puede hacerlo, ya que su maestro todo
lo puede. Quien se ha ganado al pueblo, habla
como desea; lo sé muy bien y no me opongo
a ello por mí mismo, puesto que los dioses

lo toleran aún. Toleran muchas cosas
y callan, hasta que cae en el exceso
la audacia indómita. Y entonces, el sacrílego
de espaldas caerá en la sombra sin fondo.

AGRIGENTINO TERCERO.

¡Ciudadanos! ¡Con estos dos no quiero
tener ya más que ver en el futuro!

AGRIGENTO PRIMERO. Decid,

¿cómo pudo dejarnos transtornados?

AGRIGENTINO SEGUNDO.

¡Que se vayan discípulo y maestro!

HERMÓCRATES.

¡Es tiempo ya! ¡Os imploro, dioses terribles,
dioses de la venganza! Zeus mueve las nubes
y Poseidón amansa el oleaje,
pero a vosotros, que camináis con paso leve,
se os ha dado el dominio de lo oculto,
y así que un obstinado salta de la cuna,
estáis también allí, y le acompañáis,
mientras, exuberante, crece para el delito,
y os lo lleváis, meditando en silencio, acechando hasta el fondo
el interior de su pecho, donde se os manifiesta,
en su charlatanería descuidada, el enemigo de los dioses.
También le conocisteis, al furtivo seductor
que arrebató al pueblo los sentidos
y jugó con las leyes de la patria
y nunca respetó a los viejos dioses
de Agrigento, ni a sus sacerdotes;
y no se os ocultó a vosotros, oh Terribles,
tan monstruoso espíritu, mientras estuvo silencioso.
¡Ha colmado la medida! ¡Impío! ¿Pensabas que
tenían que segirte contentos, cuando, no hace
mucho, te proclamaste dios en su presencia?
Habrías reinado entonces en Agrigento
como único tirano omnipotente,
y habrían sido tuyos, sólo tuyos,
este buen pueblo y esta hermosa tierra.
Ellos se limitaron a callar; de pie, aterrados;

y tú palideciste, y te paralizó
tu nocivo disgusto en tu oscura morada,
adonde huiste para evitar la luz del día.
¿Y ahora vienes, y viertes sobre mí tu inquina
y blasfemas contra nuestros dioses?

AGRIGENTINO PRIMERO.
¡Todo está claro ahora! ¡Hay que juzgarle!

CRITIAS. Ya os lo dije, yo nunca me fié
del soñador.

EMPÉDOCLES. ¡Oh frenéticos!

HERMÓCRATES. Y hablas aún
y no adivinas que con nosotros ya no tienes
nada en común; te has vuelto un extranjero
y eres desconocido entre todos los vivientes.
No tienes derecho a la fuente que sacia nuestra sed
ni a la llama del fuego que nos sirve,
y los sagrados dioses vengadores te arrebatan
lo que alegra el corazón de los mortales.
No existe para ti la clara luz de estas alturas,
ni el verde de esta tierra ni sus frutos,
ni el aire te dará su bendición,
cuando tu pecho gima sediento de frescor.
Todo será en vano, nunca regresarás
a lo que es nuestro, porque perteneces
a los vengadores, a los sagrados dioses de la muerte.
Y ay del que, desde ahora, ose albergar en su alma,
con complacencia, una palabra tuya;
ay del que te salude y te tienda la mano,
del que te dé un sorbo de agua al mediodía
y del que te tolere a su mesa, y del que,
cuando llegues de noche ante su puerta,
te ofrezca el sueño bajo su techado,
y, cuando mueras, disponga para ti
la llama funeraria, ¡ay de ti! ¡Fuera!
Los dioses de la patria no toleran por más tiempo,
donde se hallan sus templos, al que todo lo infama.

AGRIGENTINOS.
¡Fuera, para que no nos manche su ignominia!
PAUSANIAS.
¡Oh, ven! No te irás solo. Aún queda uno
que te venera, cuando ya está prohibido,
¡oh amado!, y tú sabes que mi bendición de amigo
es más fuerte que esta maldición de sacerdote.
¡Ven a un país lejano! En él tendremos
también la luz del cielo, y yo voy a pedir
que brille amable para ti, en tu alma.
Allá, en la Grecia altiva y serena, también
son verdes las colinas, y el arce te dispensará
su sombra, y suaves brisas refrescarán
el pecho a los errantes; y cuando, cansado
del día caluroso, te sientes junto al lejano sendero,
yo te iré a buscar agua con mis manos
a la fuente de agua fresca, y reuniré vituallas,
y sobre tu cabeza haré una bóveda de ramas,
y extenderé hojas y musgo para que te acuestes,
y te velaré cuando te duermas;
y si es preciso, dispondré asimismo para ti
la llama funeraria que te niegan,
¡los infames!
EMPÉDOCLES. ¡Oh corazón leal! ¡Para mí,
oh ciudadanos, nada voy a pedir; que así se cumpla.
Os imploro tan sólo por este adolescente.
¡Oh, no apartéis vuestro rostro de mí!
¿No era en torno a mí donde siempre
os reuníais con amor? Y nunca me tendíais
vuestras manos; os parecía indecoroso
agruparos en tumulto alrededor del amigo.
Pero enviabais a los niños, para que
me tendieran la mano, esos seres pacíficos,
y sobre los hombros llevabais a los más pequeños
y los alzabais hacia mí con los brazos tendidos.
¿Ya no soy yo? ¿No conocéis al hombre al que dijisteis
que, si él quisiera, podíais acompañarle
de tierra en tierra haciendo de mendigos,
y a quien, de ser posible, habríais seguido

hasta las profundidades del Tártaro?
¡Sois unos niños! Todo queríais dármelo
y a veces, imprudentes, me forzabais a tomar
lo que alegraba y sostenía vuestra vida,
y yo os daba, a cambio, de lo mío,
y lo apreciabais más que vuestras cosas.
Ahora me alejo de vosotros; no rechacéis mi única
demanda: respetad a este joven.
No os hizo ningún daño; me ama, simplemente,
como vosotros me amasteis, ¡decid vosotros mismos
si no es noble y hermoso!, ¡y es posible
que en el futuro lo necesitéis, creédme!
Os lo he dicho a menudo: caería sobre la tierra
la noche y el frío, y se consumiría el alma
en la miseria, si, en determinadas épocas,
los dioses no enviaran a uno de estos jóvenes
para reanimar la vida de los hombres
que declina. Yo os digo que debierais
considerar sagrados estos genios serenos. ¡Respetadle!,
¡y no conjuréis el mal sobre vosotros! ¡Prometedlo!

AGRIGENTINO TERCERO.

¡Vete! Nada queremos oir de lo que
dices.

HERMÓCRATES.

Al muchacho que le ocurra lo que él mismo
ha deseado. Que expíe su insolente petulancia.
Irá contigo, y tu maldición será la suya.

EMPÉDOCLES.

No dices nada, Critias. ¡No quieras acultarlo,
a ti te afecta también! ¿Le conocías, no es así?
Ni ríos de sangre de las bestias borrarían
tales pecados. ¡Díselo, amigo, te lo ruego!
Están como embriagados, di una palabra de paz,
para que a los pobres les vuelvan los sentidos.

AGRIGENTINO SEGUNDO.

¡Encima nos injuria! ¡Piensa en tu anatema,
no hables más y vete! Porque, de lo contrario,
podríamos las manos sobre ti.

CRITIAS. ¡Bien dicho,
ciudadanos!
EMPÉDOCLES. ¡Ah! ¿Pondríais las manos
sobre mí? ¿Qué? ¿Aún estoy vivo, y ya
las hambrientas arpías me desean?
¿No podéis esperar a que el espíritu
haya huido, para profanar mi cuerpo?
¡Adelante!, ¡desgarrad vuestra presa y repartidla,
y que el sacerdote os bendiga tal placer, e invite
al banquete a sus íntimos, los dioses vengadores!
¡Tiemblas, impío! ¿Me conoces?, ¿y he de
echarte a perder
esta burla maligna a que te entregas?
Por tus grises cabellos, anciano, deberías
volverte tierra, porque ni siquiera
para esclavo de las furias eres bueno. ¡Oh, mírate,
ahí de pie, para vergüenza tuya, ¿y aún querías
convertirte en maestro a mis expensas?
¡Ciertamente,
es mala empresa perseguir al ciervo herido!
Yo me hallaba afligido, él lo sabía, y el valor
le vino al cobarde; entonces me atrapó
y azuzó contra mi corazón los dientes de la
chusma.
¡Oh, quién, quién curará ahora al ultrajado, quién
lo acojerá ,al que anda errante, sin patria, entre
las casas
de gente extraña, con los estigmas de su infamia,
y suplica a los dioses que lo alberguen!
¡Ven, hijo mío! Me han hecho daño, y yo
lo habría olvidado, pero, ¿a ti? ¡Ah, id ahora
al menos al abismo, gente anónima!
¡Morid de muerte lenta, y que os sirvan de
escolta
los graznidos de cuervo de este sacerdote! Y
puesto que los lobos
suelen reunirse donde hay cadáveres, que haya
uno
también para vosotros; que se vuelva estéril
esta tierra
donde la uva de color purpúreo solía

madurar para un pueblo mejor, y el fruto de oro
en la oscura floresta, y el noble cereal. Y algún
día
preguntará el forastero al pisar los escombros
de vuestros templos, si era aquí donde estuvo
la ciudad. ¡Ahora, fuera! Dentro de una hora
ya no me veréis más. *(mientras salen)*
¡Critias!
quiero decirte aún unas palabras.

PAUSANIAS
(*Después que ha regresado Critias.*) Deja
que vaya entretanto a ver a mi anciano padre
para despedirme de él.

EMPÉDOCLES. ¡Oh! ¿Por qué?
¡Qué os ha hecho, oh dioses, este joven!
¡Puedes ir,
oh infeliz! Te esperaré fuera, en el camino
de Siracusa; caminaremos juntos.
(*Sale Pausanias por el lado opuesto.*)

ESCENA SEXTA

EMPÉDOCLES. CRITIAS.

CRITIAS. ¿Qué hay?

EMPÉDOCLES. ¿También tú me persigues?

CRITIAS. ¿Por qué
me preguntas?

EMPÉDOCLES. ¡Lo sé muy bien! Tú quisieras
odiarme, pero no me odias: tan sólo
me temes; nada tenías que temer.

CRITIAS. Todo ha pasado. ¿Qué quieres aún?

EMPÉDOCLES. Ni tú mismo
habrías podido imaginar jamás que el sacerdote
te sometiera a su voluntad; no te acuses
a ti mismo, ¡oh, si sólo una palabra sincera
hubieses dicho en su favor! Pero temiste
al pueblo.

CRITIAS. ¿Es esto todo lo que tenías

que decirme? La locuacidad superflua
te ha gustado siempre.

EMPÉDOCLES. ¡Oh, sé más dulce
al hablar. Yo te salvé la hija!

CRITIAS. En efecto, lo hiciste.

EMPÉDOCLES. Te resistes y te da vergüenza
hablar con el que la patria ha maldecido;
quiero creerlo así. Piensa entonces
que es mi sombra quien habla, y que regresa
honrada de la tierra serena de la paz...

CRITIAS. No habría venido, cuando me llamaste,
si el pueblo no hubiese deseado saber lo que aún
tenías que decirme.

EMPÉDOCLES. Lo que tengo
que decirte nada le importa al pueblo.

CRITIAS. ¿De qué se trata, pues?

EMPÉDOCLES. Debes abandonar este país, lo digo
por el bien de tu hija.

CRITIAS. ¡Piensa en ti
y que no te preocupen los demás!

EMPÉDOCLES ¿No la conoces?
¿Y no tienes conciencia de que es mucho
mejor que se hunda una ciudad llena de necios,
que un solo ser perfecto?

CRITIAS. ¿Qué puede
preocuparla?

EMPÉDOCLES. ¿No la conoces?
¿Y andas tanteando, como un ciego,
lo que te dieron los dioses?, ¿y luce inútilmente
en tu casa la luz de la gracia?
Te lo digo: no encontrará reposo
en este pueblo la vida devota
y se quedará sola, con toda su belleza,
y se te morirá sin gozo, porque nunca
la más serena y dulce hija de los dioses
accederá a abrir su corazón a unos bárbaros.
¡Créeme! Dicen verdad los que se van para
siempre.
¡Y no te sorprenda mi consejo!

CRITIAS. ¿Qué quieres
que te diga?

EMPÉDOCLES. Vete de aquí con ella
a una tierra sagrada, a Elide o a Delos,
donde habitan los que ella busca con amor,
donde, reunidas en silencio, las estatuas de los héroes
se hallan en el bosque de laureles. Allí reposará,
allí, junto a los ídolos callados; la mente
hermosa se saciará, tan delicada y sobria;
entre las nobles sombras, va a extinguirse
este dolor que alimenta a escondidas
en su pecho devoto. Luego, cuando en un día claro
de fiesta, se reúna la bella juventud de la Hélade,
y en torno a ella se saluden los desconocidos
y una vida gozosa en su esperanza rodee de luz
por todas partes, como nubes de oro, el corazón tranquilo,
entonces quizá esta aurora despierte también
para el placer a la piadosa soñadora
y, entre los mejores, que habrán conquistado
himno y corona en noble lid, elegirá a uno,
para que la rapte de entre las sombras
con las que se juntó demasiado temprano.
Si esto es de tu agrado, sígueme...

CRITIAS.
¿Tantas palabras de oro te quedan por decir
en tu miseria?

EMPÉDOCLES. ¡No te burles!
A todos los que parten, les gusta, una vez más,
rejuvenecerse. Es sólo la mirada mortecina
de la luz que antes brillara alegre, con toda
su fuerza entre vosotros. Que se extinga amable,
y si os he maldecido, sea para tu hija
mi bendición, si es que puedo bendecir.

CRITIAS. ¡Oh, deja, no hagas de mí un niño!

EMPÉDOCLES.
Prométemelo, y haz lo que te he aconsejado
y sal de este país. ¡Si te niegas,
que ella, la solitaria, pida al águila
que, arrancándola de estos esclavos,
la ponga a salvo en el éter! Nada mejor conozco.

CRITIAS. ¡Oh, dime!, ¿no hemos obrado contigo justamente?
EMPÉDOCLES. ¿Qué preguntas ahora? Ya te he perdonado; pero, ¿no me sigues?
CRITIAS. No puedo elegir tan de prisa.
EMPÉDOCLES. Elige bien;
que ella no permanezcan donde va a sucumbir.
Y dile que se acuerde del hombre
a quien los dioses amaron. ¿Lo harás?
CRITIAS. ¿Qué me pides? Lo haré. ¡Y ahora, desventurado, sigue tu camino!

(*Se va.*)

ESCENA SÉPTIMA

EMPÉDOCLES (*solo*). ¡Sí!,
seguiré mi camino, Critias,
y sé hacia adónde, y he de avergonzarme
porque he dudado hasta tales extremos.
¡Que haya necesitado tanto tiempo
para que huyeran de mí la dicha— el espíritu, la juventud,
y nada más que insensatez me quedara, y miseria!
¡Cuántas veces, cuántas, se te había advertido!
Habría sido bello, ¡pero ahora es penuria!
¡Oh dioses silenciosos!, ¡dioses buenos! Siempre
la palabra impaciente se adelanta
a los mortales y no permite que madure intacta
la hora del éxito. Muchas cosas se han ido
para siempre; y todo es ya más fácil. ¡A todo
tiene apego el viejo estúpido! Él, que antaño,
libre de pensamientos, niño silencioso,
jugaba en su verde tierra y era
más libre que ahora; ¡oh, partir! Ni siquiera
me dejan la cabaña que me daba cobijo.
¿Encima, esto? ¡Oh dioses!

ESCENA OCTAVA

EMPÉDOCLES. TRES ESCLAVOS DE EMPÉDOCLES.

ESCLAVO PRIMERO. ¿Te vas, señor?

EMPÉDOCLES.

Ciertamente, me voy, oh ser amable,
traeme el equipaje, sólo lo que pueda
llevar yo mismo, y me lo dejas
allá afuera, en el camino; ¡será
tu último servicio!

ESCLAVO SEGUNDO. ¡Oh dioses!

EMPÉDOCLES. Siempre
os habéis complacido en rodearme; porque así
estabáis acostumbrados desde la amada juventud,
tras haber crecido juntos en esta casa
que fue de mi padre y mía. Es ajena
a mi corazón la fría palabra del que manda.
Jamás sentisteis el destino de la servidumbre.
Creo que con gusto me seguiríais adonde
debo ir. Pero no puedo tolerar
que os angustie la maldición del sacerdote.
La conocéis, ¿no es cierto? El mundo se abre
ante vosotros y ante mí, hijos míos; que cada uno
busque su propia fortuna...

ESCLAVO TERCERO. ¡Oh, no!

No vamos a dejarte. No podemos hacerlo.

ESCLAVO SEGUNDO.

¿Qué sabe el sacerdote de nuestro amor por ti?
Que lo prohiba a otros, no a nosotros.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Puesto que somos tuyos, deja que nos quedemos
a tu lado! Ciertamente, no estamos juntos
desde ayer, como tú mismo dices.

EMPÉDOCLES.

¡Oh dioses! No tengo descendencia y vivo
sólo con estos tres, ¿y sin embargo me atrae
este retiro, que me tiene hechizado,
igual que a los durmientes, y me debato como en sueños

para escapar de él? ¡No hay otra solución,
amigos!
¡Oh, no habléis más ahora, os lo suplico,
y hagamos como si ya no fuésemos los mismos!
No quiero permitir que este hombre maldiga
también todos los seres que me aman...
No me acompañaréis; os lo digo.
Entrad y tomad lo mejor que encontréis,
y no vaciléis más, y huid; de lo contrario,
los nuevos dueños de la casa podrían atraparos
y seríais los siervos de un cobarde.

ESCLAVO SEGUNDO.
¿Con tan duras palabras nos despides?

EMPÉDOCLES.
¡Lo hago por ti y por mi, sois hombres libres!
Con viril energía, agarraos a la vida, haced
que, por vuestro honor, los dioses os consuelen;
es ahora cuando empezáis. Los hombres ascienden
y caen. ¡No os detengáis más! Haced
lo que os he dicho.

ESCLAVO PRIMERO. ¡Señor de mi alma, vive
y no te pierdas!

ESCLAVO TERCERO. Dime, ¿no te veremos
nunca más?

EMPÉDOCLES. ¡Oh, no no preguntéis, es
en vano! (*Le conmina con autoridad.*)

ESCLAVO SEGUNDO (*saliendo*).
¡Ah! ¿Habrá de recorrer como un mendigo,
errante, este país, sin estar jamás seguro de
la vida?

EMPÉDOCLES (*los mira salir, en silencio*).
¡Adiós! Os he apartado de mí en términos
muy duros, fieles servidores, adiós.
Y tú, casa paterna, donde crecí y fructifiqué,
¡árboles amantísimos!, santificados
por mi gozoso canto de amigo de los dioses,
¡sosegados confidentes de mi reposo! ¡Oh!
Morid
y devolved vuestra vida a los aires, pues ahora
el pueblo rudo se divierte a vuestra sombra,

y donde yo caminé venturoso, ahora se burlan
de mí.
¡Oh dolor! ¿Expulsado, oh dioses? Y lo que
vosotros
me hicisteis, celestes, ¿lo ha imitado este sacerdote
sin alma y sin derecho alguno? ¡Solitario
me habéis dejado, a mí, que os ultrajé, dioses
amantes!
Y éste me arroja fuera de la patria
y la maldición que yo mismo pronuncié contra mí
resuena ahora, mezquina, en boca de la plebe.
¡Ah, el que antes fuera vuestro confidente,
bienaventurado, el que con gozo llamó suyo al
mundo,
ahora no sabe dónde hallará el sueño
y no puede tampoco reposar en sí mismo.
¿Adónde ir, sendas de los mortales? Sois
muchas, ¿dónde está la mía, la más corta?
¿Dónde?
¿Y la más rápida? Porque dudar es vergonzoso.
¡Ah, dioses míos, en el estadio conducía el carro
antaño
sin cuidados, sobre sus ruedas humeantes, y
ahora quiero
volver pronto a vosotros, aunque la prisa sea
peligrosa.
(*Se va.*)

ESCENA NOVENA

PANTEA. DELIA.

DELIA. ¡Silencio, amada hija!
¡Y contén tus lamentos! Que nadie nos oiga.
Voy a entrar en la casa. Puede que todavía
esté en ella y lo veas una vez aún,
pero tú, quieta mientras tanto... ¿Puedo
entrar?

PANTEA. Oh, hazlo, amada Delia.
Yo imploraré entretanto a la calma, para que
no me falle el corazón, cuando vea al hombre insigne
en esta amarga hora de fatalidad.
DELIA. ¡Oh Pantea!
PANTEA (*sola, tras un momento de silencio*).
No puedo... ¡oh, sería
un pecado estar aquí tan impasible!
¿Maldito? ¡No lo concibo, y me desgarrarás también
el alma, negro enigma!
(*Pausa. Aterrada, a Delia, que regresa.*)
¿Qué hay?
DELIA. ¡Ah, todo muerto
y desierto!
PANTEA. ¿Partió?
DELIA. Así lo temo. Están abiertas
las puertas; pero no se ve a nadie.
He llamado, pero no he oído más que el eco
en la casa; no quise quedarme más tiempo...
¡Ah, está pálida y muda, y me mira distante,
la infeliz! ¿Es que ya no me conoces?
! Quiero sufrir contigo, corazón amado!
PANTEA. ¡Pues ven, entonces!
DELIA. ¿Adónde?
PANTEA. ¿Adónde? ¡Ah, esto,
esto yo misma no lo sé, dioses de bondad!
¡Oh dolor! ¡No hay esperanza!, ¿y en vano me iluminas,
oh luz de oro, allá en lo alto? Partió.
Cómo puedo saber, solitaria, por qué
mis ojos guardan aún su claridad.
¡No es posible, no! Demasiado proterva
es esta acción, demasiado monstruosa, y con todo
la cometisteis ¿y he de vivir aún y estar
callada entre esta gente? ¡Ay! ¡Y llorar,
sólo puedo llorar por todo ello!
DELIA. Llora entonces, amada; será mejor
que callarse o hablar.

PANTEA. ¡Delia!
¡Por ahí andaba siempre! Este jardín
me era precioso por su causa. Ah, con frecuencia,
cuando la vida no me contentaba y, enemiga
de toda compañía, entristecida, con otras caminaba
errante en torno a nuestros cerros, dirigía
la mirada a las cimas de estos árboles, y pensaba:
¡allí, allí hay un hombre! Y mi alma se elevaba
gracias a él. En mi imaginación, vivía
a su lado gustosa, y conocía sus horas.
Entonces, con mayor confianza, se le unía
mi pensamiento, y compartía con el amigo
los trabajos ingenuos —¡ah! con tremenda crueldad
lo han destrozado, me han lanzado a la calle
mi imagen heroica, nunca lo habría imaginado.
¡Ah, una primavera de cien años deseaba a menudo,
loca de mí, a él y a sus jardines!

DELIA. ¡Oh, no podríais conservarle esta dulce
alegría, dioses de bondad!

PANTEA. ¿Eso dices?
Como un nuevo astro vino a nosotros, y brillaba
y atraída, amable hacía él con cuerdas de oro
la vida que aún no había madurado,
y mucho tiempo lo había esperado Sicilia.
Jamás reinó sobre esta isla
un mortal como él, todos sabían bien
que con los genios del mundo vivía
aliado. ¡Ser lleno de espíritu! ¡A todos
los acogiste en tu corazón, oh dolor! Y ahora,
a cambio, ¿debes huir, ultrajado, de tierra en tierra,
llevando en el pecho el veneno que te han dado?

¡Así lo habéis tratado! ¡Oh, no dejéis,
jueces prudente, que yo escape impune.
Pues le venero, y si no lo sabéis,

os lo diré en pleno rostro, y luego
me expulsaréis asimismo de vuestra ciudad.
Y si le ha maldecido mi padre,
frenético, que me maldiga ahora a mí.

¡Y vosotras, flores
del cielo, hermosas estrellas!, ¿vais a marchitaros
también? ¿Y se hará de noche entonces
en mi alma, padre éter,
si tus retoños, los que brillan en todo su esplendor,
se extinguen antes que tú? Lo sé, lo que es
divino debe sucumbir. Y es por su caída
por lo que yo he llegado a ser una vidente.
y siempre que algún genio hermoso todavía
me sale al paso, llámese a sí mismo hombre o dios,
yo sé cuando una hora no es propicia para él...

DELIA. ¡Oh Pantea! Me aterra que así aumentes
el exceso de tus lamentaciones. ¿Acaso él,
como tú, alimenta también de dolor
su espíritu orgulloso y se exalta en su pena?
No me atrevo a creerlo, pues lo temo.
¿Qué otra resolución debió tomar?

PANTEA. ¿Quieres causarme
temor? ¿Qué es lo que he dicho? Nunca más...,
pero, sí; voy a tener paciencia, oh dioses.
Desde ahora no aspiraré en vano
a lo que habéis apartado de mí
y aceptaré lo que queráis concederme.
¡Oh hombre santo!, si no he de encontrarte.
puede bastarme el gozo de que hayas
vivido aquí. Quiero estar sosegada, porque puede
que, por la alteración de mis sentidos, me dejara
la noble imagen, y no quiero que el miedo diurno
ahuyente la sombra fraternal que me acompaña
doquiera que yo voy, con paso leve.

DELIA. ¡Amada soñadora! Sin duda él vive aún.

PANTEA.
¿Vive? ¡Sí, ciertamente, vive! Día y noche
recorre el ancho campo. Son su techo
las nubes de tormenta y el suelo le sirve
de lecho. Los vientos le encrespan los cabellos
y la lluvia le empapa con sus lágrimas
el rostro, y el sol vuelve a secar
sus vestidos en el ardor del mediodía,
cuando camina por la arena sin sombra.
No busca senderos transitados; en la roca,
con los que se alimentan de la presa,
extraños como él y sospechosos de toda fechoría,
va a reunirse; nada saben de su maldición
y le dan parte de sus crudos manjares
con que pueda fortalecer sus miembros para la caminata.
¡Es así como vive, oh dolor! ¡Y no es seguro!

DELIA. Sí, es horrible, Pantea.

PANTEA. ¿Es horrible?
Mísera consoladora, puede que ya no pase
mucho tiempo hasta que vengan y se digan
entre ellos, si corre este rumor,
que yace muerto a golpes en la ruta.
Y sin duda lo tolerarán los dioses, pues callaron
cuando, con ignomínia, lo echaron de su patria a la miseria.
¡Oh tú! ¿Cuál será tu final? ¡Cansado, luchas
aún, abatido en el suelo, como el águila altiva!
Y con tu sangre trazas tu camino, y te atrapa
uno de los cobardes cazadores y te estrella
contra la roca la testa agonizante,
¿y aún decías que era el favorito de Júpiter?

DELIA. ¡Ah, alma hermosa, amada! ¡No tiene porque ser así!
¡No pronuncies palabras semejantes! Si supieras
cómo me mueve mi inquietud por ti! Quisiera
suplicarte de rodillas, si sirviese de algo.
Cálmate. Y vámonos de aquí.
Aún pueden cambiar mucho las cosas, Pantea.
Tal vez pronto el pueblo se arrepienta.

Sabes cómo le amaban. Ven, voy a dirigirme
a tu padre y tú tienes que ayudarme.
Quizás lo ganaremos para nuestra causa.
PANTEA. ¡Oh, nosotras, somos nosotras quien ha
de obrar así, oh dioses!

ACTO SEGUNDO

Paraje en el Etna
Choza de campesino

ESCENA PRIMERA

EMPÉDOCLES. PAUSANIAS

EMPÉDOCLES. ¿Cómo te encuentras?
PAUSANIAS. Oh, es bueno
que finalmente pronuncies una palabra,
bienamado...
¿También lo piensas? Aquí arriba es posible
que no impere
ya el anatema y nuestra tierra queda lejos.
En estas cumbres se respira mejor,
y ciertamente pueden nuestros ojos
dirigirse otra vez hacia el día, y los cuidados no
nos quitan
el sueño, e incluso es posible que vuelvan
unas manos humanas a ofrecernos viandas
familiares.
¡Hay que cuidar de ti, amado! Y la sagrada
montaña paternal tal vez acoja
en su reposo a los apremiados huéspedes.
Si lo deseas, nos quedaremos por un tiempo
en esta choza... ¿quieres que llame,
a ver si nos permiten cobijarnos?
EMPÉDOCLES. ¡Inténtalo! Pero ya sale alguien...

ESCENA SEGUNDA

Los mismos. UN CAMPESINO

CAMPESINO. ¿Qué queréis? Allá abajo está el camino.

PAUSANIAS. Concédenos asilo en tu casa.
Y no temas nuestra apariencia, buen hombre.
Porque es dura nuestra ruta, y con frecuencia
el que sufre parece sospechoso. Ojalá los dioses
te digan qué especie de gente somos.

CAMPESINO. Se ve que antes las cosas os iban mejor;
quiero creerlo así. Pero no está muy lejos
la ciudad; seguro que allí habéis de tener
algún amigo que os dé albergue. Mejor sería
ir a él que a gente extraña.

PAUSANIAS. ¡Ay!
Fácilmente este amigo hospitalario sentiría vergüenza
de vernos llegar a su casa en nuestro infortunio.
Y el desconocido no nos dará gratuitamente
lo poco que le hemos pedido.

CAMPESINO. ¿De dónde venís?

PAUSANIAS. ¿De qué sirve saberlo?
Te damos oro y tú nos das albergue.

CAMPESINO.
Es cierto que el oro abre más de una puerta,
pero no la mía.

PAUSANIAS. ¿Qué significa esto? Danos
entonces pan y vino y pide lo que quieras.

CAMPESINO. Mejor lo encontraréis en otra parte.

PAUSANIAS. ¡Oh, es duro! Pero, me darás tal vez
un poco de tela para que le envuelva los pies
a este hombre, pues están sangrando
a causa del camino peñascoso, ¡oh, mírale
tan sólo! ¡Es el espíritu benigno de Sicilia
y es más que vuestros príncipes! Y está aquí,
ante tu puerta, pálido por la pena, y mendiga
la sombra de tu choza y un pedazo de pan;
¿se lo niegas? Y, mortalmente cansado
y sediento como está, ¿lo dejarás fuera

en este día en que aún la dura bestia
se refugia en su cueva a causa del sol abrasador?

CAMPESINO.

Os conozco. ¡Oh desgracia! Este es el maldito
de Agrigento. Lo presentí en seguida,
¡Fuera!

PAUSANIAS. ¡Por el dios del trueno! ¡Fuera, no!
¡Que se haga
este hombre responsable de ti, amigo sacrosanto!
Iré entretanto en busca de alimento. Reposa
en este árbol... Y tú, ¡escucha! Si le ocurre
algún mal, sea cual fuere, vendré
cuando sea de noche, y te incendiaré,
antes que te des cuenta, tu casa de paja!
¡Piénsalo bien!

ESCENA TERCERA

EMPÉDOCLES. PAUSANIAS.

EMPÉDOCLES. ¡No te preocupes,

PAUSANIAS.

¿Cómo hablas así? ¡Tu vida, para mí,
merece todas las preocupaciones! Y éste piensa
que nada merece perderse por el hombre
sobre quien pesa un anatema como el que ha caído
sobre nosotros. Con qué facilidad sienten el deseo
de matar a este hombre, aunque sólo fuera por
su capa,
ya que nada les parece más absurdo, que aún vaya
de un lado a otro como los mortales;
¿no lo sabes acaso?

EMPÉDOCLES. Oh sí, lo sé.

PAUSANIAS. ¿Lo dices
sonriendo? ¡Oh Empédocles!

EMPÉDOCLES. ¡Corazón fiel!
Te he hecho daño y no quería
hacértelo.

PAUSANIAS.
¡Ah, lo que pasa es que estoy impaciente!
EMPÉDOCLES.
Por mí puedes estar tranquilo, bienamado. Pronto
todo habrá terminado.
PAUSANIAS. ¿Qué dices?
EMPÉDOCLES. Tú lo has
de ver.
PAUSANIAS. ¿Cómo estás? Ahora debo ir al campo
en busca de alimentos, pero si no los necesitas,
prefiero quedarme, o tal vez sea mejor que nos
vayamos
y busquémos antes un lugar para nosotros
en la montaña.
EMPÉDOCLES. ¡Mira! Cerca de aquí reluce
el agua de una fuente; también es nuestra. Toma
tu vaso, la hueca calabaza, y que la bebida
me refresque el alma.
PAUSANIAS. *(en la fuente).* ¡Clara y fresca
y viva, brota de la tierra oscura, padre!
EMPÉDOCLES. Bebe primero. Luego vuelve a
llenarlo y traérmelo.
PAUSANIAS *(ofreciéndoselo).*
Los dioses la bendigan para ti.
EMPÉDOCLES. ¡La bebo por vosotros,
antiguos dioses complacientes, dioses míos!
Y por mi retorno, naturaleza. Ya todo
es diferente, ¡oh benignos! Y antes
de mi llegada, ¿estáis ahí? ¡Y la florescencia
es anterior a la maduración! ¡Calma, hijo!
Escucha,
no hablemos más de lo que nos ha ocurrido.
PAUSANIAS. Estás cambiado y te brillan los ojos
como los de un vencedor. No lo comprendo.
EMPÉDOCLES.
Comó adolescentes, vamos a pasar aún
el día juntos, y a hablar de muchas cosas.
No cuesta
encontrar una sombra de patria, donde
los que largo tiempo han sido fieles confidentes
estén juntos, sin cuidados, en amable plática.

¡Bienamado! ¡Cómo buenos muchachos
que comen juntos un racimo de uvas, hemos saciado
tantas veces nuestro amistoso corazón con el
el momento de dicha!
¡Y has tenido que acompañarme hasta aquí,
para que de nuestras horas de fiesta, ninguna,
ni ésta siquiera, se nos perdiera sin compartirla!
Bien la pagaste con tan ardua pena,
pero tampoco a mí me la dan gratis los dioses.

PAUSANIAS.
Oh, acaba de decirlo todo, para que yo me alegre
como tú.

EMPÉDOCLES. ¿No lo ves? Hoy regresa
una vez más el tiempo hermoso de mi vida,
y lo más grande me espera aún;
arriba, hijo, subamos a la cumbre
del alto Etna sagrado. Porque más presentes
son los dioses en las alturas.
Hoy quiero, con estos ojos, ver aún
los ríos, y también las islas y el mar.
Que me bendiga allí, vacilando sobre las doradas
aguas, la luz del sol al despedirse,
llena de esplendorosa juventud; antaño
fue lo primero que amé. Luego brillarán en torno nuestro
y callarán los astros eternos, mientras que subiendo
de las profundidades del monte, brotará el fuego de la tierra
y con dulzura nos tocará el que todo lo mueve,
el espíritu, el éter, ¡oh, entonces!

PAUSANIAS. Sólo consigues
asustarme; porque me resultas incomprensible.
Tu aspecto es apacible y tu palabra espléndida,
pero me gustaría más verte afligido.
¡Ah, es que te abrasa el pecho la infamia
que has sufrido, y en nada te tienes,
siendo quien eres!

EMPÉDOCLES. ¡Oh dioses, acabará también éste
por quitarme el reposo y me alterará el ánimo

con groseros discursos; si es esto lo que quieres
puedes irte. ¡Por la muerte y la vida! No es hora
ya de dedicar tantas palabras
a lo que sufro y a lo que soy.
Ya es bastante; no quiero saber más.
¡Hay que acabar con ello! Basta de estos dolores
que, sonrientes, devotamente mantenidos, yacen
como niños
sobre un pecho alegre y triste —son mordeduras
de áspid
y no soy el primero a quien los dioses
han metido en el corazón tan ponzoñosos ven-
gadores
¿Lo he merecido? Puedo, sin duda, perdonarte
que me hayan exhortado en mal momento; tienes
aún al sacerdote ante tus ojos, y resuena aún
en tus oídos el burlón griterío de la plebe,
y la nenia de nuestros hermanos, que
nos escoltó al salir de nuestra amada ciudad.
¡Ah, por todos los dioses que me ven! A mí
no me habrían hecho tal cosa, si hubiese
sido el mismo de antes. ¿Qué? ¡Oh, de un modo
infame,
un solo día entre todos mis días me traicionó
a estos cobardes— ¡Silencio! Que se hunda tal
infamia,
que sea sepultada, muy profunda, tanto
como jamás lo ha sido aún mortal alguno.

PAUSANIAS.
¡Ah! Le he turbado vilmente el corazón sereno,
tan magnífico, y más angustiosa que nunca
es ahora la pena.

EMPÉDOCLES. Deja tu lamento
y no me turbes más; con el tiempo,
todo se arregla, y pronto estaré reconciliado
con los mortales y los dioses; ya lo estoy.

PAUSANIAS.
¿Es posible? Esta terrible y oscura aflición
es un remedio, y ya no te imaginas solo y pobre,
hombre altísimo, y las acciones de los hombres se
te antojan

tan inocentes como el fuego del hogar;
así hablabas antaño, ¿es otra vez cierto?
¡Oh, mira como bendigo ahora la fuente clara
donde empezó para ti la nueva vida!
Y mañana descenderemos contentos hasta el mar
que nos llevará a una orilla segura.
¡En nada tendremos las miserias y fatigas del viaje!
¡Es sereno el espíritu como lo son sus dioses!

EMPÉDOCLES.

¡Oh, hijo! ¿Es que lo has olvidado, Pausanias?
Nada se concede graciosamente a los mortales.
Sólo una cosa sirve... ¡Oh adolescente heroico!
¡No te pongas lívido! Mira, lo que me devuelve
mi antigua dicha, inimaginable, y con una juventud divina,
a mí, que me marchito, me cubre las mejillas
de rubor, no puede ser un mal.
Ve, hijo No deseo revelar
del todo mis sensaciones y deseos.
No son cosas para ti..., no te las apropies,
déjamelas, como a ti yo te dejo las tuyas.
¿Qué es esto?

PAUSANIAS. ¡Una masa de gente! Ahí vienen subiendo.

EMPÉDOCLES. ¿Los reconoces?

PAUSANIAS. No doy crédito
a mis ojos.

EMPÉDOCLES. ¿Qué? Debo pasar una vez más
por un demente... ¿Qué? ¿Con un dolor y un encono
insensatos, he de bajar adónde me dirigía en paz?
¡Son agrigentinos!

PAUSANIAS. ¡Imposible!

EMPÉDOCLES. ¿Estoy soñando
acaso? Es mi noble enemigo, el sacerdote
y su cortejo... ¡puf! ¡Tan impía y fatal
es la lucha donde he acumulado las heridas!
¿Es que no había unas fuerzas más dignas
que oponerme? ¡Oh, es terrible tener
que pelearse con seres dignos de desprecio

¡Y encima, en esta hora sagrada, cuando
mi alma, predisponiéndose, armoniza
con las notas de la naturaleza, llena de universal
perdón! Y otra vez se precipitan sobre mí las
turbas
y mezclan su insensato y airado griterío
a mi canto del cisne. ¡Adelante! ¡Sea!
¡Ya os quitaré las ganas! Siempre he respetado
demasiado a este pueblo perverso, y bastante he
tratado
como hijos a estos falsos mendigos.
¿Aún no habéis podido perdonarme
todo el bien que os he hecho? Tampoco ahora
deseo que lo hagáis. ¡Oh, venid, miserables! Si
es preciso,
también puedo ir colérico a los dioses.

PAUSANIAS. ¿Cómo acabará esto?

ESCENA CUARTA

Los mismos.

HERMÓCRATES. CRITIAS. PUEBLO.

HERMÓCRATES. ¡No temas nada!
Y que no te espanten las voces de los hombres
que te expulsaron. Porque te perdonan.

EMPÉDOCLES.
¡Desvergonzados! ¿Es todo lo que se os ocurre?
¿Qué queréis? ¡Me conocéis, sin duda, puesto que
me habéis marcado!; pero, ¿se muestra belicoso
este pueblo sin vida para sentirse vivo?
¿Y han arrojado ignominiosamente al hombre
que temían, para buscarle luego nuevamente
y confortarse el ánimo con su dolor?
¡Oh, abrid los ojos y ved lo pequeños
que sois, y que el horror os paralice
la lengua mentecata e infame; ¿no sois capaces
de ruborizaros? ¡Oh pobre gente! Sin vergüenza

deja al perverso la naturaleza compasiva, para que no lo aterre hasta matarle el que es más grande que él, ¿cómo podría, si no, afrontar la grandeza?

HERMÓCRATES.
El crimen cometido, lo has pagado; tu rostro
lo ha marcado ya bastante la miseria;
ahora, sana y regresa; el buen pueblo
vuelve a acogerte en su patria.

EMPÉDOCLES.
Ciertamente, una gran dicha me anuncia
el pío mesajero de la paz; día tras día,
presenciar esa danza horripilante
en que os cazáis y os imitáis los unos a los otros,
en que sin tregua, desvariados, medrosos, como sombras
sin sepulcro, os perseguís corriendo, miserable
revoltijo, en vuestra penuria, abandonados
por la divinidad, y vuestras artes grotescas de mendigos
son algo que merece vivirse desde cerca.
¡Ah!, si nada mejor conociera, preferiría vivir
sin habla y extranjero entre las fieras de los montes,
bajo la lluvia y el ardor del sol, y compartir
los alimentos de las bestias, antes que regresar
una vez más a vuestra ciega miseria.

HERMÓCRATES. ¿Es ésta tu gratitud?

EMPÉDOCLES. Oh, repite lo que has dicho
levanta, si puedes, los ojos a esta luz
que todo lo contempla, ¿por qué no te quedaste
muy lejos, y viniste, insolente, ante mi vista
y me arrancaste estas últimas palabras
para que al Aqueronte te acompañen?
¿Sabes lo que has hecho?, ¿qué te he hecho yo?
Advertirte: y largo tiempo el miedo
te ató las manos, y tu inquina largo tiempo
se exasperó en sus ligaduras; la mantuvo
presa mi espíritu, cuando tú no podías descansar,
y así mi vida te atormentaba; ciertamente, lo noble
tortura al cobarde más que el hambre y la sed

¿No tenías reposo? ¿Y tuviste que atreverte
conmigo, oh engendro, y te preciaste
de que sería igual a ti, si me tapabas
el rostro con tu infamia? ¡Fue
un necio pensamiento, amigo! Y aunque pudieras
darme de beber tu propio veneno,
no se aparearía contigo mi bienamado espíritu
y se te sacudiría con esta sangre que tú has
profanado.
Es inútil; andamos por caminos diferentes.
Muere tú de una muerte ordinaria, como corresponde
a tus sentimientos de esclavo sin alma. A mí
se me destina otra suerte. Otra senda
me profetizasteis en el momento de nacer,
oh dioses, que estabais presentes...
¿Qué puede sorprender al hombre que todo lo
ha vivido?
Se ha extinguido tu obra, y tus intrigas
no alcanzarán mi gozo. ¡Debes comprenderlo!

HERMÓCRATES.
La verdad es que no entiendo a este demente.

CRITIAS. ¡Ya basta, Hermócrates! No haces más
que excitar
la cólera de este hombre, gravemente ofendido.

PAUSANIAS.
¿Por qué lleváis con vosotros a este frío sacerdote,
insensatos, si es el bien lo que os debe mover?
y escogéis como conciliador
al que los dioses han abandonado, al que ni
puede amar;
¡él y sus iguales han sido sembrados en la vida
para la discordia y la muerte, no para la paz!
¡Ahora os dais cuenta! ¡Si lo hubieseis hecho
hace años!,
ciertas cosas no habrían ocurrido jamás
en Agrigento. Muchas han sido tus obras, Hermócrates,
desde que estás vivo. Por el miedo has quitado
a los mortales muchos goces amables,
has sofocado en la cuna a más de un héroe niño,

y como el prado en flor, sucumbió
y murió la lozana naturaleza juvenil
bajo tu guadaña. Muchas cosas las he visto yo mismo
y otras me las contaron. Si un pueblo ha de acabarse
las furias le envían a un hombre para que,
propagando el engaño por doquier, convenza a los hombres
rebosantes de vida de que son malhechores.
Finalmente, experto ya en su arte, este estrangulador,
con sus mañas consagradas, se dedicó a un hombre,
y el corazón se subleva al ver el éxito que tuvo
al abatir al igual de los dioses con sus peores bajezas.
¡Oh, mi Empédocles! —Prosigue el camino
que elegiste. No puedo impedirlo, aunque la sangre
ahora mismo se me quemase en las venas.
Pero a éste, que ha ultrajado tu vida,
universal corruptor, lo buscaré cuando me hayas
abandonado, lo buscaré, y aunque vaya a
refugiarse en el altar, no le servirá de nada;
conmigo tendrá que vérselas, conmigo; yo conozco su elemento.
Lo arrastraré a las muertas marismas,
y aunque gima y suplique, así me apiadaré
de sus cabellos grises como él se ha apiadado
de otros, ¡que se hunda!
(*A Hermócrates.*)
¿Lo oyes? Cumpliré mi palabra.

CIUDADANO PRIMERO.
¡No hace falta que esperes, Pausanias!

HERMÓCRATES. ¡Ciudadanos!

CIUDADANO SEGUNDO.
¿Aún se mueve tu lengua? Tú
nos hiciste malos; con palabras vacías,
nos arrebataste el espíritu; nos robaste
el amor del semidiós, ¡tú! Ahora no es el mismo.

Nos ignora; antes nos contemplaba
con ojos benignos este hombre regio; ahora
su aspecto me revuelve el corazón.

CIUDADANO TERCERO. ¡Ay, nosotros no fuimos
iguales a los ancianos del tiempo de Saturno,
cuando él, tan sublime, vivía entre nosotros con afecto
y todos hallábamos alegría en su casa
y abundancia de todo. ¿Por qué descargar sobre nosotros
un anatema inolvidable como éste
que él ha pronunciado? ¡Ay, no tenía otro remedio!
Y nuestros hijos, cuando hayan crecido,
dirán: habéis asesinado al hombre
que los dioses nos habían enviado.

CIUDADANO SEGUNDO.
¡Oh, está llorando! Me parece aún más grande
y más digno de amor que antes. ¿Y tú sigues
obstinándote contra él, y estás ahí
como si nada vieras, y no se te doblan
ante él las rodillas? ¡Al suelo!

CIUDADANO PRIMERO. Y esgrimes
aún los ídolos, ¿no es cierto? ¿Y pretendes aún
continuar así? ¡Yo te haría morder el polvo
y te pondría el pie en la nuca
hasta que me dijeras que, a fuerza de mentir,
habías descendido hasta el fondo del Tártaro!

CIUDADANO TERCERO.
¿Sabes lo que has hecho? ¡Más te hubiera valido
haber cometido un robo sacrílego en un templo, ah!
Porque a él le adorábamos, y era justo hacerlo;
con él, habríamos sido libres como dioses;
pero, como una peste, nos asaltó de improviso
tu espíritu maligno, y se nos extinguieron
el corazón y el verbo, y toda la alegría
que él nos brindó, en un odioso vértigo.
¡Ah, ignominia, ignominia! Como locos furiosos,
celebramos con júbilo que injuriases a muerte

al hombre que fue nuestro amor supremo. No hay remedio
para ello, aunque murieses siete veces. No podrías
cambiar lo que a él y a nosotros nos hiciste.

EMPÉDOCLES. El sol desciende hacia el ocaso
y debo proseguir esta noche mi camino, hijos míos.
¡Apartaos de él! Hace ya mucho
que disputamos. Lo que ha ocurrido
se esfuma totalmente; en adelante,
nos dejaremos mutuamente en paz.

PAUSANIAS. ¿Todo queda igual, entonces?

CIUDADANO TERCERO. ¡Oh, vuelve a amarnos!

CIUDADANO SEGUNDO. Ven a vivir de nuevo
en Agrigento. Un romano nos dijo
que gracias a su Numa habían podido
ser tan grandes. ¡Ven, oh ser divino!
Sé nuestro Numa. Largo tiempo hemos creído
que debías ser rey. ¡Oh, debes serlo!
Soy el primero en saludarte, y todos van a hacerlo.

EMPÉDOCLES.
Ha pasado ya el tiempo de los reyes.

LOS CIUDADANOS (*aterrados*).
¿Quién eres, hombre?

PAUSANIAS. Es así como se rehusan las coronas,
ciudadanos.

CIUDADANO PRIMERO.
Incomprensible la palabra
que has pronunciado, Empédocles.

EMPÉDOCLES. ¿Cuida
indefinidamente en el nido a sus crías
el águila? Sin duda se ocupa de ellas, pues son ciegas,
y bajo sus alas dormitan dulcemente,
aún sin plumas, en el alba de su vida.
Pero tan pronto como ven la luz del sol
y se han fortalecido sus alas,
las arroja de la cuna, para que alcen
el vuelo por sí mismas. Avergonzaos

de desear aún un rey; sois demasiado
mayores; en tiempos de vuestros padres, las cosas
habrían sido diferentes. Nadie os ayudará,
si no os ayudáis vosotros mismos.

CRITIAS.

¡Perdón! ¡Por todos los dioses celestiales! ¡Eres
un gran hombre, y has sido traicionado!

EMPÉDOCLES. Malo
fue el día que nos dividió, arconte.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Perdónanos y ven con nosotros! El sol en tu país
lucirá para ti con más afecto
que en cualquier otra parte, y si no quieres
el poder que mereces, aún nos quedan
bastantes honores que ofrecerte: las hojas
verdes para las coronas y unos bellos nombres,
y para las estatuas un bronce inalterable.
¡Oh, ven! Que te sirvan nuestros adolescentes,
que son puros y nunca te ofendieron.
Bastará con que habites cerca de nosotros,
y toleraremos con paciencia que eludas
nuestra compañía y vivas solitario en tu jardín,
hasta que olvides todo lo que te ha ocurrido.

EMPÉDOCLES. ¡Oh, otra vez! ¡Oh luz de mi país
que me criastes, jardines de mi juventud
y de mi dicha, aún debo recordaros,
días de mi honra en que, puro
y sin ofensa, vivía con este pueblo.
¡Nos hemos reconciliado, amigos! Pero dejadme,
porque es mucho mejor que ya no veais más
el rostro que ultrajasteis; es preferible que penséis
en el hombre que amasteis, y nunca más
se extraviará vuestro espíritu sereno.
Eternamente joven vivirá con vosotros mi imagen
y sonarán más hermosos, si estoy lejos,
los cantos de alegría que me habéis prometido.
¡Oh, separémonos, antes de que nos separe
la necedad y la vejez, y así viviremos advertidos,

y permanecerán unidos los que a su debido tiempo
eligieron por sí mismos la hora de separarse.

CIUDADANO TERCERO.
¿Nos dejas así, tan sin consejo?

EMPÉDOCLES. ¡Me ofrecíais
una corona, amigos! Tomad de mí a cambio
mi santuario. Largo tiempo lo he guardado.
A menudo, en las noches serenas, cuando sobre mí
se abría el mundo hermoso, y el aire sagrado
me envolvía con todas sus estrellas, como
un espíritu lleno de ideas de gozo,
me sentía muchas veces más lleno de vida;
al amanecer pensaba que os diría la palabra
grave que tanto tiempo retenía,
y con gozosa impaciencia invocaba ya a alzarse
la dorada nube matutina de Oriente
para la nueva fiesta, en la que mi canto solitario
se convertiría, con vosotros, en un coro de alegría.
Pero siempre volvía a cerrarse mi corazón, esperando
su hora, y tenía que madurar en mí.
Hoy es mi día otoñal, y cae el fruto
por sí mismo.

PAUSANIAS. ¡Oh, de haber hablado antes,
puede que nada de esto hubiese ocurrido!

EMPÉDOCLES. No os dejaré aquí, sin consejo,
¡bienamados! . ¡Pero no temáis nada! Lo nuevo
y lo desconocido amedrentan casi siempre a los hijos
de la tierra; sólo aspiran a quedarse en sí mismas
la vida de la planta y la bestia feliz.
Reducidas a su propio dominio, cuidan
de subisistir, y en la vida, su sentido
no va más allá. Pero al fin deben,
atemorizados, salir fuera, y vuelven, al morir,
cada una a su elemento, para recuperarse
con destino a una nueva juventud, como
en el baño. A los seres humanos, se les brinda
el gran goce de remozarse a sí mismos.
Y de la muerte purificadora, que ellos mismos

eligieron en el momento justo,
resurgen los pueblos como Aquiles del Estigio.
¡Oh, daos a la naturaleza, antes que ella os tome!
Mucho tiempo anduvisteis sedientos de lo insólito,
y, como de un cuerpo enfermo, el espíritu
de Agrigento anhela salir del viejo cauce.
¡Atreveos! Lo que heredasteis, lo que
adquiristeis,
lo que os contaron los labios de vuestros padres,
lo que aprendisteis
leyes y usos, los nombres antiguos de los dioses,
olvidadlo, audaces, y alzad como recién nacidos
los ojos a la divina naturaleza, y luego,
cuando el espíritu se encienda con la luz del cielo,
y se os impregne el pecho, como en el primer
día,
de un dulce soplo de vida, y llenos
de frutos de oro murmuren los bosques
y las fuentes de las rocas; cuando os agarre
la vida del mundo, su espíritu de paz, y os sacie
el alma como una sagrada canción de cuna,
entonces, desde los deleites de un bello
crepúsculo,
resplandecerá de nuevo para vosotros el verdor de
la tierra
y los montes y los mares, las nubes y los astros,
las fuerzas nobles, como hermanas heroicas,
se ofrecerán a vuestros ojos, de suerte que el
pecho
os palpitará deseoso de hazañas como a los que
llevan
las armas, y desde vuestro mundo hermoso, ten-
deos entonces
las manos de nuevo, dad vuestra palabra y com-
partid
los bienes, ¡oh amantísimos!, compartid hechos
y gloria
como fieles Dióscuros; que sea cada uno
igual a todos, —que, como en pilares esbeltos,
descanse la nueva vida en normas justas
y que la ley refuerce vuestra alianza.

Y entonces, oh genios de la cambiante
naturaleza, serenos, que de las profundidades
y de las cumbres extraéis la alegría, y al igual
que la dicha y el esfuerzo y los rayos del sol y
la lluvia,
la traéis al angosto corazón de los mortales
desde un mundo lejano e ignoto, entonces
que os invite el pueblo libre a sus fiestas,
¡hospitalario!, ¡devoto!, puesto que el mortal
da con amor lo mejor que posee, si la servidumbre
no le encierra ni le encoge el pecho...

PAUSANIAS. ¡Oh padre!

EMPÉDOCLES.
De todo corazón, oh Tierra, volverá a nombrarte
y, como brota la flor de tus oscuridades,
florecerá para ti desde un pecho rebosante de vida
el rubor de las mejillas y la sonrisa venturosa
del ser agradecido, y...

Con las coronas de amor ofrecidas, la fuente
enviará
el murmullo de sus aguas hacia abajo; crecerá
bajo las bendiciones hasta convertirse en río, y
con el eco
de resonantes riberas, te cantará, padre Océano,
el merecido elogio en las delicias de su libertad.
De nuevo el genio del hombre se siente
unido en un celeste parentesco a ti,
¡adios sol! Y lo que crea es tanto tuyo como
suyo.
Del goce y el valor y la plenitud de vida, emanan
fácilmente para él las acciones, como de ti los
rayos,
y lo bello, en su mudo pecho melancólico
no muere nunca. A veces duerme, como noble
simiente,
el corazón de los mortales en una muerta
cápsula,
hasta que llega su hora, y el éter no cesa
de respirar amable a su alrededor,

y con las águilas, sus ojos
beben la luz matutina, pero esto no da
a los soñadores beneficio alguno, y su ser adormecido
se alimenta frugalmente del néctar que, cada día,
le ofrecen los dioses de la naturaleza.
Hasta que les cansa su angosta existencia
y el pecho, en su fría extrañeza, se halla
preso como Niobe, y el espíritu se siente
más vigoroso que todas las leyendas,
y busca, recordando su origen, la vida,
la viva belleza, y con gusto se expande
en la existencia presente del ser puro;
luego surge resplandeciente un nuevo día, ¡ah!, distinto
de lo normal, la naturaleza

y con asombro
incrédulo, como tras una época sin esperanza
en el sagrado reencuentro, el amado se aferra
al amor que creía muerto, el corazón se aferra
a

ellos son!
Ellos, los que tanto tiempo estuvieron ausentes,
los vivos, los dioses buenos,

descender con el astro de la vida!
¡Adiós! Fue la palabra del mortal
que, ausente en esta hora, vacila
entre vosotros y sus dioses, que le llaman.
En el día de la separación, nuestro espíritu es profeta,
y dicen verdad los que no van a volver.

CRITIAS.

¿Adónde vas? ¡Oh, por el Olimpo viviente,
que a mí, el anciano, en el último instante,
ciego, me abriste, no te vayas!
Sólo si estás cerca, germinará en el pueblo
el alma nueva, y en ella brotarán ramas y frutos

EMPÉDOCLES.

Cuando esté lejos, hablarán en mi lugar
las flores del cielo, los florecientes astros,
y los que germinan de la tierra a millares;
la naturaleza, en su divina presencia,
no precisa discursos, y nunca os dejará
solos, si una vez se os acercó,
porque es inextinguible el momento
de su presencia y, vencedor, su fuego celestial
hace sentir su efecto beatífico en todas las edades.
Luego, cuando lleguen los venturosos días de
Saturno,
nuevos y más viriles, entonces
pensad en el tiempo pasado, que hará revivir,
con el calor del genio, la leyanda de los padres.
Que venga a la fiesta, como elevado entre cantos
por la luz primaveral, el olvidado mundo
de los héroes, surgiendo del reino de las sombras,
y que, con la nube de oro funerario,
se pose el recuerdo a vuestro alrededor, ¡oh
felices!

PAUSANIAS.

¿Y tú? ¿Y tú? Ah, no quiero mencionarlo
ante estos dichosos

que no adivinan lo que va a ocurrir,
¡no! no puedes hacerlo.

EMPÉDOCLES.

¡Oh deseos! Sois niños y sin embargo queréis
saber lo que es comprensible y lo que es justo.
¡Te equivocas!, le decíais, oh necios, al poder
que es más poderoso que vosotros; pero de nada
sirve,
y como las estrellas, pasa incontenible
la vida en su carrera hacia el final que la
completa.
¿No conocéis la voz de los dioses? Aun antes
de que aprendiera mi oído la lengua de los padres,
la percibía yo, al primer aliento, a la primera
mirada, y siempre la he tenido en mucho más
que la palabra de los hombres. ¡Arriba!,

me gritaban, y la más tenue de las brisas
agita con vigor la angustiada nostalgia,
y si quisiera quedarme aquí más tiempo, sería
como el adolescente que, inhábil, se entretiene
en los juegos de sus años infantiles.
¡Ah, sin alma, como los esclavos, vagaba
en la noche y la infamia, ante vosotros y mis
dioses.

He vivido; igual que, de las copas de los árboles,
llueve la floración y el fruto áureo,
y como brotan del oscuro suelo la flor y el grano,
así, de la miseria y la fatiga me vino el gozo
y amables descendieron las potencias celestes;
se agruparon en la hondura, oh naturaleza,
las fuentes de tus cumbres, y tus alegrías
vinieron todas a reposar en mi pecho,
ieron una única delicia, cuando entonces,
onsideraba la hermosura de la vida, y con fre-
cuencia
sólo una cosa pedía con fervor a los dioses:
que, si en algún momento no soportase ya
mi sagrada dicha sin vértigo y con mis fuerzas
juveniles,
y si en mí, como en los antiguos preferidos del
cielo,
la plenitud de espíritu se volviese locura,
me lo advirtiesen, y luego enviasen presurosos
al corazón un destino inesperado,
como signo de que era llegado el tiempo
de la purificación, para que, en buena hora,
hallase salvación en una nueva juventud
y, entre los hombres, el amigo de los dioses
no fuese objeto de juego, de burlas ni de inquinas.

Lo ha cumplido; su advertencia fue
poderosa; única, es cierto, pero suficiente.
Y de no haberla comprendido, sería
como el rocío común, que no hace honor a la
escuela,
y espera el imprescindible látigo.

No exijáis pues el retorno del hombre
que os amó, pero que fue como un extraño
entre vosotros, nacido sólo para un tiempo breve,
¡oh, no exijáis aunque en las cosas mortales
arriesgue su alma y su sagrada condición!
Se nos ha otorgado una bella despedida,
y puedo aún, al fin daros lo que más quiero,
mi corazón arrebatado a mi corazón. ¡Así pues,
la negativa es rotunda! ¿Qué haría entre
vosotros?

CIUDADANO PRIMERO. Necesitamos tu consejo.

EMPÉDOCLES.
¡Preguntad a este joven! No os dé vergüenza.
De un alma nueva salen las más sabias palabras,
si le preguntáis con seriedad por cosas grandes.
De fuente joven tomó la sacerdotista,
la antigua Pitia, las divinas sentencias.
Y son jóvenes vuestros mismos dioses.
¡Mi bienamado! Gustoso me retiro, vive tú
después de mí; yo sólo fui una nube matutina,
sin nada en que ocuparse y pasajera, y dormía
aún el mundo, mientras yo, solitario, florecía;
pero tú, tú has nacido para el día claro.

PAUSANIAS. ¡Oh, y tengo que callar!

CRITIAS. ¡Que no te arrastren
las palabras, hombre inmejorable! Ni a nosotros
contigo.
Para mí, todo es oscuro ante mis ojos, y no puedo
ver
qué es lo que emprendes, ni puedo decir:
¡quédate!
Aplaza por un día tu partida. A veces, el
momento
nos atrapa de un modo milagroso, y nos dejamos
llevar, fugitivos, por lo fugitivo.
A veces el bienestar de una hora nos parece
premeditado desde mucho antes, y no obstante
es tan sólo
la hora que nos deslumbra para que no veamos
más que a ella sola en el pasado. ¡Perdona!
No quiero ultrajar el espíritu del poderoso,

ni tampoco este día; veo perfectamente que tengo
que dejarte, y sólo puedo verlo desde fuera,
aunque
la congoja me llene el alma...

CIUDADANO TERCERO. ¡No! ¡Oh, no!
No irá con los extranjeros ni cruzará el mar
hacia las riberas de la Hélade o de Egipto,
hacia sus hermanos que llevan mucho tiempo
sin verle, el sabio altísimo —¡pedidle, oh,
pedidle que se quede! Tengo un presentimiento,
y de este hombre silencioso, de su horror sagrado,
vienen escalofríos que recorren mi vida,
y todo lo veo a la vez más claro y más oscuro
que en otros tiempos. Sin duda llevas en ti, y lo
ves,
un gran destino que te es propio, y lo soportas
con gusto, y lo que piensas es magnífico.
Pero piensa también en los que te aman,
en los puros, y en los demás, que erraron
y se arrepienten. Tú, ser bondadoso, mucho
nos diste, ¿qué serán estos dones sin ti?
¡Oh, no deseas hacernos donación de ti mismo
ni unos instantes aún, ser lleno de bondad!

EMPÉDOCLES. ¡Amada ingratitud! Os di bastante
para que podáis vivir. Podéis vivir
mientras os quede aliento: yo, no. Debe irse
a tiempo aquél, a través del cual habló el espíritu.
La naturaleza divina se revela a menudo
divina a través de los hombres, y así
la reconoce la raza que tanto ha inquirido.
Pero cuando el mortal cuyo corazón llenó
con sus deleites, la haya anunciado,
¡oh, dejad entonces que se quiebre el vaso,
a fin de que no sirva ya para otro uso
y lo divino se convierta en obra humana!
Dejad morir a los felices, dejad que, antes
de que les pierda lo arbitrario, lo fútil, lo
afrentoso,
los que son libres se inmolen con amor
a los dioses en la hora propicia. Esto es lo mío.
Y soy muy consciente de mi suerte, y así

me lo predije hace mucho, en mis días juveniles.
Honradme, y si mañana no me halláis,
decid entonces: no debía envejecer,
ni contar los días, ni inclinarse ante
la pesadumbre y las enfermedades,
no era ese su destino,

sin ser visto, partió
y no le enterró la mano de ningún hombre
y ningún ojo sabe de sus cenizas,
porque no de otro modo conviene a aquél, ante
el cual,
a la hora gozosa de la muerte en el día sagrado,
se despojó de sus velos lo divino;
aquél a quien amaron la luz y la tierra, aquél
a quien el espíritu, el espíritu del mundo le
despertó
el propio espíritu, en el que aquéllas viven, y a
ellas vuelvo, al morir

CRITIAS. ¡Oh dolor! Es inflexible y, avergonzado
de si mismo, el corazón no osa dirigirle una
palabra.

EMPÉDOCLES. ¡Ven, tiéndeme las manos, Critias!
Y vosotros también, todos vosotros! ¡Y tú, el
más amado,
adolescente siempre fiel, te quedarás cerca de mí!
Junto al amigo hasta la noche... ¡No estéis
tristes!
Porque mi fin es sagrado y ya... ¡Oh aire,
aire que envuelve al recién nacido,
cuando, allá arriba, recorre los nuevos senderos,
te presiento como el navegante cuando, al
acercarse
al bosque florecido de la isla materna,
ya el pecho se le ensancha con amor
y de nuevo transfigura su rostro envejecido
el recuerdo de los primeros deleites!
¡Y tú, oh olvido!, ¡reconciliador!...
¡Llena de bendiciones está mi alma, oh biena-
mados!
Id ahora y saludad a la ciudad natal

y a sus campiñas! En el hermoso día en que
salgáis
a la sagrada arboleda a ofrecer una fiesta
a los dioses de la naturaleza,
para librar vuestra vista de la diarias ocupaciones,
y cuando se os reciba como entre amables cantos,
y se os responda desde las serenas cumbres,
tal vez sintáis en el canto el soplo de una nota
mía:
la palabra del amigo, que volveréis a oir
envuelta en el coro de amor del mundo hermoso,
y será algo magnífico. Lo que he dicho
en estos instantes en que aún estoy aquí,
es poco, pero tal el rayo de luz lo haga bajar
consigo a la fuente callada que voy a bendeciros,
por entre las nubes de la aurora.
¡Y me recordaréis!

CRITIAS. ¡Oh santo,
santo hombre! ¡Me has subyugado!
Quiero rendir honores a lo que te ocurra,
y no voy a darle nombre alguno.
¿Tiene que ser así? Todo se ha producido
de un modo tan veloz. Cuando vivías aún en
Agrigento,
reinando en silencio, no nos dimos cuenta;
ahora nos eres arrancado antes que lo pensemos.
El gozo viene y va, pero no pertenece
a los mortales como cosa propia, y el espíritu
sigue presuroso su camino sin que nadie le
inquiera.
¡Ah! ¿Podemos decir que estuviste jamás
aquí?

ESCENA QUINTA

EMPÉDOCLES. PAUSANIAS.

PAUSANIAS. ¡Ha ocurrido ya, y ahora échame
también a mi! ¡Para ti será fácil!

EMPÉDOCLES. ¡Oh, no!

PAUSANIAS.

Sé muy bien que no debería hablar así
a este extranjero sagrado, pero no quiero
refrenar el corazón dentro del pecho. Tú lo has
mimado, lo has educado tú mismo a tu
semejanza...
y a mí, que no era más que un adolescente rudo,
se me antojaba un igual, aquel ser glorioso,
cuando, con benevolencia, se inclinaba hacia mí
en un diálogo de amigo, y las palabras
del hombre me parecían conocidas desde siempre.
¡Todo pasó! ¡Pasó, oh Empédocles!
Aún te llamo por tu nombre, aún retengo
al fugitivo por su mano leal,
¡y mira!, para mí, para mí sigue siendo
como si no pudieses dejarme, ¡bienamado!
Espirítu de mi juventud dichosa, ¿me abrazaste
en vano?, ¿desplegué en vano para ti
este corazón en un deseo de triunfo
y en grandes esperanzas? No te conozco ya.
Es un sueño. No puedo creerlo.

EMPÉDOCLES. ¿No lo entendiste?

PAUSANIAS. Entiendo a mi corazón, el cual,
fiel y orgulloso, se enfurece y palpita para el tuyo.

EMPÉDOCLES. Reconócele pues su honor al mío.

PAUSANIAS. ¿Sólo en la muerte hay honor?

EMPÉDOCLES. Ya lo oíste,
y tu alma es testigo; para mí
no hay otra solución.

PAUSANIAS. ¡Ah! ¿es cierto, entonces?

EMPÉDOCLES. ¿Por quién me tienes?

PAUSANIAS *(con fervor)*. ¡Oh hijo de Urania!
¿Cómo puedes hacer tales preguntas?

EMPÉDOCLES *(con amor)*. ¿Es que acaso debo
sobrevivir al día del deshonor como un esclavo?

PAUSANIAS. ¡No!
Por tu mágico espíritu, maestro, yo no quiero,
no quiero escarnecerte, aunque me lo ordenase
la urgencia del amor, ¡oh bienamado! Muere,
pues,

y da así testimonio de ti mismo, si es preciso.
EMPÉDOCLES. ¡Ya
sabía que no sin goce me dejarías
partir, joven heroico!
PAUSANIAS.
¿Dónde está ahora la pena? Te circunda
la cabeza el brillo de una aurora y una vez más
tus ojos me deparan sus enérgicos rayos.
EMPÉDOCLES.
Y yo, yo pongo con un beso promesas
en tus labios: tendrás poder,
oh llama juvenil, lucirás hasta cambiar
lo que es mortal en alma y llama,
para que contigo se eleve al éter sagrado.
¡Sí, amantísimo! No en vano yo he vivido
contigo, y bajo el benigno cielo, han florecido
muchas cosas, únicas en su gozo,
desde el primer momento áureo alcanzado,
y a menudo te lo recordarán
mi tranquila arboleda y mis estancias,
cuando pases por ellas, en primavera,
y el espíritu que entre tú y yo ha vivido
reine a tu alrededor; dale entonces las gracias,
y dáselas ahora, ¡oh hijo, hijo de mi alma!
PAUSANIAS. ¡Padre, tan sólo volveré
al agradecimiento, cuando lo más amargo
vuelva a apartarse de mí.
EMPÉDOCLES. La gratitud, amado,
es hermosa también, cuando aún la dicha, que va
a partir, se demora en los que van a partir.
PAUSANIAS.
¡Oh!, ¿debe huir? No puedo concebirlo,
¿y tú? Lo que te serviría...
EMPÉDOCLES. No pueden dominarme los mortales
y, con todas mis fuerzas, sin temor, desciendo
por el sendero que elegí; ésta es mi dicha
y es mi prerrogativa.
PAUSANIAS. ¡Oh, basta, y no expreses así
lo terrible en mi presencia! Aún respiras
y oyes palabras amigas, y brota con impulso

del corazón la sangre preciosa de la vida; estás ahí,
de pie, y miras, y el mundo es claro alrededor
y diáfanos tus ojos delante de los dioses.
Descansa el cielo en tu frente despejada,
y tu genio, gozoso para todos los humanos,
¡oh magnífico!, baña la tierra con su resplandor,
¡y todo ha de extinguirse!

EMPÉDOCLES. ¿Extinguirse? ¡Esto es, sin duda,
permanecer, como el río encadenado
por la helada! ¡Oh, necio! ¿Es que el espíritu
de la vida duerme y se detiene en cualquier parte,
para que tú puedas atarlo, a él, que es puro?
Siempre alegre, no le verás consumirse de angustia
en prisiones, ni vacilar sin esperanza en el mismo lugar;
¿preguntas adónde se dirige? Debe recorrer
las delicias de un mundo, y no tiene fin.
¡Oh Júpiter liberador!... Ahora, entra
y prepárame un ágape, para que, una vez más,
saboree el fruto del cereal y el jugo pujante de la uva,
y mi adiós sea gozosamente agradecido; y cantaremos
también el himno a las musas propicias
que me amaron. ¡Hazlo, hijo!

PAUSANIAS.
Maravillosamente me domina tu verbo,
debo ceder, obedecerte: quiero
y no quiero hacerlo.

(*Se va.*)

ESCENA SEXTA

EMPÉDOCLES (*solo*).
¡Ah, Júpiter liberador! Cercana, cada vez
más cercana está mi hora, y del barranco
sube ya el mensajero familiar de mi noche,
el viento nocturno, mensajero de amor.

¡Todo deviene! ¡Ha madurado ya! Ahora,
palpita, corazón
y remueve tus olas; el espíritu está, ciertamente,
sobre ti, como un astro luminoso,
mientras vagan, sin patria, por el cielo,
y pasan, fugitivas, las nubes.
¿Qué me ocurre? Debo aún asombrarme,
como si ahora comenzara a vivir, pues todo es
diferente,
y sólo ahora soy yo, soy... ¿Y por esta razón,
en tu calma devota, te asaltó tan a menudo
un anhelo, a ti, que vivías ocioso?
¡Oh! Si tan fácil te resultó la vida,
¿fue para que hallaras todos los goces del
dominador
en una sola acción llena de plenitud?
¡Voy a llegar! ¿Morir? ¡Sólo es un paso
hacia la sombra y no obstante, ojos míos,
quisierais
ver! ¡Se acabaron vuestros servicios, servidores
celosos!
Ahora, la noche envolverá un instante
de sombras mi cabeza. Pero brota jubilosa
la llama de mi pecho denodado. ¡Estos deseos
estremecidos! ¿Qué? ¿Es que, en la muerte,
se me enciende, al fin, la vida? ¡Y me tiendes
el cáliz de terrores, hirviente, tú,
naturaleza, para que tu cantor beba de él aún
el último de los entusiasmos!
Lo acepto satisfecho, y ya sólo he de buscar
el lugar de mi sacrificio. Estoy bien.
¡Oh arco iris sobre las aguas que se precipitan,
cuando la ola alza el vuelo en nubes
de plata, como tú es mi alegría!

ESCENA SÉPTIMA

PANTEA. DELIA.

DELIA.
Así me hablaron: los dioses piensan de un modo
distinto a los mortales. Lo que a unos les parece grave,
es broma para otros. En los dioses, lo grave
es el espíritu y la virtud, pero ven un juego
en el largo transcurrir de los mortales que se afanan.
Y vuestro amigo, al parecer, piensa más como
los dioses que como los mortales.

PANTEA. ¡No, no me sorprende
que anhele siempre ir a sus dioses!
¿Qué le dieron los mortales? Su pueblo
insensato, ¿alimentó su elevado espíritu
la vida insignificante?, ¿mimó
su corazón? ¡Tómalo, tú que todo
se lo diste, y a nosotros nos diste
su persona, llévatelo contigo, oh naturaleza!
Efímeros son tus preferidos;
lo sé muy bien; se hacen mayores
y los demás no aciertan a decir cómo
han llegado a serlo, ¡ay!, ¡y así desaparecen,
los felices, de nuevo!

DELIA. Mira, a mí se me antoja
mayor felicidad vivir alegre entre los hombres
y que me lo perdone este ser incomprensible.
¡Y aquí es tan bello el mundo!

PANTEA. Sí, lo es,
y ahora, es más bello que nunca. Y no puede
permitir que un ser audaz salga de él sin dones
¿Alza aún la vista a ti, oh luz celeste?
¿Y lo ves tú, a aquél que quizás
ya no volveré a ver? ¡Delia!, así se miran
hondamente a los ojos los hermanos heroicos,
antes de dejar el festín para la hora del reposc
¿y no se verán de nuevo a la mañana?

¡Oh palabras! ¡Es cierto que mi corazón se
estremece
con el tuyo, criatura bondadosa! Y preferiría
que las cosas fuesen distintas, pero me
avergüenzo de ello.
¡Lo hará a pesar de todo! ¿Acaso no es sagrado?

DELIA. ¿Quién es el joven desconocido que baja de la montaña?

PANTEA. Pausanias. ¡Ah!, ¿hemos de volvernos a ver ahora, cuando te quedas sin padre?

ESCENA OCTAVA

PAUSANIAS. PANTEA. DELIA

PAUSANIAS.
¿Está aquí Empédocles? ¡Oh Pantea,
tú le veneras, subes hasta aquí, vienes
una vez más a ver al grave peregrino
en su oscura senda!

PANTEA. ¿Dónde está?

PAUSANIAS. No lo sé. Me apartó de su lado.
Y cuando yo, no volví a verlo.
Le llamé en la montaña, pero no pude
hallarle. Regresará, seguro. Prometió,
afable, que se quedaría hasta caer la noche.
¡Oh, si viniera aún! La hora más querida
pasa volando más veloz que las flechas.
Otra vez debo sentirme contento a su lado,
¡y tú también lo estarás, Pantea! Y ella,
la noble forastera, que tan sólo le verá
una vez, como un sueño magnífico. Os aterra
su fin, evidente a los ojos de todos,
aunque a nadie le gusta mencionarlo; lo creo,
pero lo olvidaréis, cuando veáis
cómo vive en pleno florecimiento.
Porque, milagrosamente, ante este hombre huye

lo que parece tristemente mortal y terrible,
y no ven más que luz sus venturosos ojos.
DELIA. ¡Cómo le amas! Y sin embargo,
suplicaste
en vano, y bastante sin duda has suplicado
a este hombre severo, para que no se vaya, y siga
habitando más tiempo entre los hombres.
PAUSANIAS. ¿Qué poder tenía yo?
Se apodera de mi alma, al responderme
cuál es su voluntad. ¡Oh, es así!
Sólo dispensa gozo, aun cuando niegue,
y tanto más le responde el corazón con su eco
y se hace uno con él, cuanto más él insiste
en lo suyo, insondable desde siempre. No es
una persuasión fatua, créeme,
su forma de adueñarse de la vida;
a menudo, cuando vivía tranquilo en su mundo,
altivamente sobrio, y lo veía entonces
con oscuros presagios, tenía mi alma llena
y agitada, pero no podía sentirla.
Me angustiaba la presencia de lo puro,
de lo intangible; pero cuando la palabra
le venía a los labios y salía, decisiva,
era como si resonara un cielo de alegría
en él y en mí, y de mí se apoderaba
sin contradicción, y yo me sentía sólo más libre.
¡Ah, si él pudiese errar, yo me reconocería
aún más en él, verdad inagotable,
y si muere, de sus cenizas veré alzarse
en llamas su genio aún con mayor claridad!
DELIA. ¡Oh alma grande! ¡Te exalta la muerte
del gran hombre, y a mí me desgarra tan sólo!
¿A qué recordarlo? El mortal, extranjero
infantil,
apenas se ha abierto al mundo, y calentado, y
hallado
una gozosa familiaridad, cuando un frío destino
le golpea
de nuevo, a poco de nacer,
y no puede tampoco, ¡ay!, el preferido

permanecer sin estorbos entre sus amigos. Y los mejores
van a unirse a los dioses de la muerte,
ellos también, y parten con placer, y hacen
que se nos vuelva una vergüenza seguir entre los mortales.

PAUSANIAS.

¡Oh, por los bienaventurados! No condenes
al ser glorioso, cuyo honor
se convirtió en desdicha, al que debe morir
porque su vida fue excesivamente bella,
porque todos los dioses le amaron demasiado.
Y si es otro el injuriado, y no él,
la injuria puede ser borrada, pero si él...

qué hará el hijo de los dioses?
El que es infinito, todo lo recibe infinitamente.
¡Ah, nunca un noble semblante fue ofendido
de un modo más indignante! Yo tenía
que verlo,*

* Frase cortada en el original (N. del T.).

LA MUERTE DE EMPÉDOCLES

(SEGUNDA VERSIÓN)

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

EMPÉDOCLES
PAUSANIAS
PANTEA
DELIA
HERMÓCRATES
MECADES
AMFARES }
DEMOCLES } *Agrigentinos*
HYLAS }

La acción situada en parte en Agrigento, y en parte en las vertientes del Etna.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Coro de Agrigentinos, en la lejanía.
MECADES. HERMÓCRATES.

MECADES. ¿Oyes al pueblo ebrio?
HERMÓCRATES. Lo buscan.
MECADES. El espíritu de este hombre
es poderoso en ellos.
HERMÓCRATES. Lo sé: como la hierba seca
se inflaman los hombres.
MECADES. Que uno solo mueva así a la multitud
es para mí como el rayo de Júpiter,
cuando prende en el bosque, y más terrible.
HERMÓCRATES. Por esta razón también, a los hombres
les ponemos la venda en los ojos, para que
no alimenten su fuerza con la luz.
Lo divino no puede hacerse
presente para ellos.
su corazón no puede
descubrir el origen de la vida.
¿No conoces a los antepasados
a quienes se llama favoritos del cielo?
Alimentaron su pecho
con las fuerzas del mundo
y miraban a lo alto, lúcidos,
próximos a la inmortalidad;
de ahí que, altivos, no inclinasen
tampoco la cabeza
y ante ellos, poderosos como eran,
nada podía sostenerse,
sin sufrir transformación en su presencia.
MECADES. ¿Y él?
HERMÓCRATES. Le ha hecho demasiado
poderoso la confianza que ha llegado
a tener con los dioses.

Al pueblo le suenan sus palabras
como si vinieran del Olimpo;
le agradecen
que haya robado al cielo
la llama de la vida y que
la descubra a los mortales.
MECADES. No le conocen más que a él,
tiene que ser su dios,
su soberano.
Dicen que Apolo construyó
a los troyanos su ciudad,
pero que es mejor que un hombre
grande ayude a vencer las dificultades
de la vida. Y dicen otros muchos despropósitos
sobre él; no atienden a leyes
ni a necesidades ni a moral alguna.
Un cometa errante es nuestro pueblo
y temo que este signo
anuncie para el futuro
otras cosas aún, que él incuba
en su mente callada.
HERMÓCRATES. ¡Tranquilízate, Mecades!
No lo hará.
MECADES. ¿Eres más poderoso que él?
HERMÓCRATES. Aquél que los entiende,
es más fuerte que los fuertes.
Y conozco muy bien a ese ser singular.
Ha crecido demasiado dichoso;
desde el comienzo,
ha sido tan mimado su espíritu,
que con poco se extravía; expiará
haber amado demasiado a los mortales.
MECADES. Yo también presiento
que ya no tiene para mucho tiempo,
pero aún será excesivo,
si no cae hasta después de haber triunfado.
HERMÓCRATES. Ha caído ya.
MECADES. ¿Qué dices?
HERMÓCRATES.
¿No lo ves? Los pobres de espíritu

han extraviado al gran espíritu,
y los ciegos a su seductor.
Arrojó su alma al pueblo; entregó, generoso,
el favor de los dioses a las gentes del vulgo,
pero, en venganza, apenas un eco vacío,
salido de unos pechos inertes, remedó al
insensato.
Y lo soportó durante un tiempo, con paciente
pesadumbre; no sabía
donde estaba el defecto, y entretanto
aumentaba en el pueblo la embriaguez;
estremecidos, veían agitarse su pecho
con sus propias palabras, y dijeron:
¡No es así como escuchamos a los dioses!
Y los siervos dieron al orgulloso entristecido
unos nombres que no voy a mencionarte.
Y él, sediento, al fin toma el veneno,
y el pobre, que no sabe quedarse solo
con su espíritu ni encuentra a nadie
semejante a él, se consuela con la adoración
delirante, se ciega como ellos,
los idólatras sin alma;
le abandonan las fuerzas,
y entra en una noche de la que no acierta
a salir, y habremos de ayudarle.
MECADES. ¿Tan seguro estás?
HERMÓCRATES. Le conozco.
MECADES. Me viene a la memoria
una altiva perorata que hizo la última vez
que estuvo en el ágora. No sé
lo que le dijo antes el pueblo; yo acababa
de llegar, y lo vi todo desde lejos.
Me honráis, fue su respuesta, y hacéis bien;
porque la naturaleza es muda;
el sol y el aire, la tierra y sus hijos
conviven como extraños,
solitarios, como si no se pertenecieran
los unos a los otros. Es cierto que, con energía
constante, caminan en el espíritu de los dioses
las libres potencias inmortales del mundo
alrededor de aquellos otros,

cuya vida es efímera;
pero, como las plantas salvajes
en un terreno inculto,
están sembrados todos los mortales
en el seno de los dioses,
con escaso alimento, y el suelo
aparecería muerto, de no haber
uno que velara por él, que suscitara la vida,
y es mío el campo. Unidos por mí,
los mortales y los dioses mezclan
la energía y el alma.
Y las potencias eternas abrazan con más calor
el esforzado corazón, y con más vigor medran
en el espíritu de los dioses libres los hombres
sensibles,
¡y es el despertar! Porque yo
asocio las cosas extrañas entre sí,
y mi verbo nombra lo desconocido,
y el amor de los seres vivientes, soy yo
quien lo hace ascender y declinar;
lo que a uno le falta, yo lo quito de otro,
y ato las cosas animándolas, y transformo,
dándole juventud, el mundo vacilante
y soy igual a ninguno y a Todos.
Así habló el orgulloso.

HERMÓCRATES.

Aún es poco. Cosas peores duermen en él.
Le conozco, conozco a los que son demasiado
felices, a los mimados hijos del cielo,
que nada sienten, fuera de su alma.
Si alguna vez el instante los altera,
es fácil destruirlos a estos seres delicados.
Después, nada vuelve a calmarlos, una llaga
ardiente los inquieta; bulle, incurable,
en su pecho. ¡También a él! Parece tranquilo,
pero, desde que el pueblo le disgusta,
la avidez de la tiranía arde en su pecho.
¡El o nosotros! Y no habrá daño alguno
en que le inmolemos. ¡Porque ha de sucumbir
de todos modos!

MECADES.
¡Oh, no le excites¡ ¡No dejes campo libre
a esta llama encerrada, y deja que se ahogue!
¡Déjale! ¡No le des impulso! Si no lo halla
el orgulloso para sus acciones insolentes,
y sólo puede pecar de palabra, morirá
como un insensato, y no nos hará mucho daño.
Un adversario fuerte le hará terrible.
Y entonces, sólo entonces, sentirá su poder.

HERMÓCRATES.
¡Tienes miedo de él y de todo, pobre hombre!

MECADES. Sólo quisiera evitar que tengamos
que lamentarnos; salvar lo que pueda salvarse.
Esto no lo precisa el sacerdote, que todo lo sabe,
al santo que todo se lo hace santo.

HERMÓCRATES.
¡Compréndeme, animo adolescente, antes
de calumniarme! Este hombre debe caer;
te lo digo, y si creyera que hay que respetarle,
lo haría más que tú. Porque está más cerca
de mí que de ti. Pero debes aprender una cosa:
más pernicioso que la espada y el fuego
es el espíritu del hombre, semejante al de los dioses,
si no puede callar ni mantener encubierto
su secreto. Si descansa tranquilo
en sus profundidades y da lo que es preciso,
será beneficioso; pero es un fuego
devorador cuando rompe las cadenas.
¡Fuera con el que pone al descubierto
su alma y sus dioses! Temerario,
quiere expresar lo que es inexpresable
y derrama y prodiga su peligroso bien
como si fuese agua; esto es peor
que el crimen, y tú, ¿hablas en su favor?
¡Resígnate! Es su destino. Él mismo
se lo ha forjado; ¡y como él vivirá
y perecerá como él, en el dolor y en la locura,
todo aquél que revele lo divino, y ponga,
alterándolo todo, en manos de los hombres,
lo que reina escondido!

¡Hay que acabar con él!
MECADES.
¿Tan caro habrá de pagar haber confiado
lo mejor que tenía, con toda su alma, a los
mortales?
HERMÓCRATES.
¡Que lo haga, pero no podrá evitar la Némesis,
por grandes que sean sus palabras, y aunque
envilezca la casta vida silenciosa
y saque a la luz del día el oro de las
profundidades!
Que use, pues, lo que no ha sido dado
a los mortales para que lo usen: él será el primero
en perderlo. ¿No está ya turbada su mente?,
¿hasta qué extremo no se le ha embrutecido
el alma entera, tan delicada, a causa de su pueblo?
¿Hasta qué extremo se ha vuelto despótico
el que todo lo comunicaba y compartía?
¡Un hombre bondadoso! ¿Cómo ha podido
convertirse
en el insolente que respeta a los dioses
y a los hombres como juguetes en sus manos?
MECADES. Es tremendo lo que dices, sacerdote,
y tus palabras
oscuras me parecen verdaderas. ¡Sea!
Cuenta conmigo para esta tarea. Sólo que no sé
por dónde se le puede coger. No es difícil
condenar a un hombre por grande que sea,
pero dominar al que todo lo domina,
al que guía las turbas como un mago,
ya me parece distinto, Hermócrates.
HERMÓCRATES.
Es frágil su magia, hijo mío, y él nos ha puesto
las cosas más fáciles de lo necesario.
A la hora propicia, su despecho ha dado un
vuelco;
la mente altiva, en sorda revuelta,
es enemiga ahora de sí misma; si tuviera
el poder, no repararía en ello, sólo está triste,
y ve su caída, y busca,
volviendo atrás, la vida que ha perdido,

el dios que, con su charla,
ha expulsado de sí.
Reúne al pueblo en asamblea; le acusaré,
haré caer sobre él la maldición; que queden
aterrados ante su ídolo, que lo echen
fuera, a las regiones despobladas
y que, sin regresar jamás, expíe
el delito de haber revelado
más de lo que conviene a los mortales.

MECADES. Pero, ¿de qué vas a acusarlo?

HERMÓCRATES. Las palabras que has citado de él
son suficientes.

MECADES. ¿Con tan endeble acusación
quieres arrancar el pueblo de su alma?

HERMÓCRATES.
A su debido tiempo, toda acusación es válida,
y ésta no es pequeña.

MECADES. Aunque ante ellos le acuses de asesinato,
no tendrá efecto alguno.

HERMÓCRATES.
¡Precisamente! La acción evidente
se la perdonarían, esos idólatras;
¡un escándalo invisible será más inquietante
para ellos! ¡Algo que les acierte en plena
vista, que mueva a los estúpidos!

MECADES.
Le tienen apego sus corazones; no te será
fácil domarlos, dirigirlos, ¡le aman!

HERMÓCRATES.
¿Le aman? ¡Claro! Mientras florezca
y brille

están engolosinados.
¿Qué harán de él, ahora que se halla
eclipsado, devastado? Nada queda
que sea aprovechable, que abrevie
sus largos días; el campo está segado.
Yace abandonado, y pasan a placer
sobre él la tormenta y nuestras sendas.

MECADES. ¡Sublévale! ¡Sublévale, si quieres!
¡Ten cuidado!

HERMÓCRATES.
Espero, Mecades, que será paciente.
MECADES.
¡Entonces, el paciente ganará su favor!
HERMÓCRATES. ¡Nada menos probable!
MECADES. No haces caso de nada; nos perderás,
a ti, a mí y a él.
HERMÓCRATES. ¡Ciertamente, no hago caso
de estos sueños y estas efervescencias
de los mortales; quieren ser como dioses y se
rinden
homenaje como dioses, ¡y todo dura un instante!
¿Te preocupa que pueda conquistarlos
el que sufre, el paciente?
Sublevará contra él a estos necios;
en su dolor verán el engaño
que él tanto ama; de un modo despiadado,
le agradecerán que él, el adorado,
también sea, a la postre, un ser débil,
y lo tendrá bien merecido por haberse
mezclado con ellos.
MECADES. ¡Quisiera quedar al margen del
asunto, sacerdote!
HERMÓCRATES.
Confía en mí y no temas lo que es necesario.
MECADES.
Ahí llega. ¡Búscate únicamente a ti mismo,
espíritu extraviado! No evitarás perderlo todo.
HERMÓCRATES. ¡Déjalo solo! ¡Vamos!

ESCENA SEGUNDA

EMPÉDOCLES (*solo*).
En mi silencio entraste con pasos furtivos,
me hallaste en el oscuro interior de mi estancia,
¡oh Amable! No fue inesperada tu venida
y lejos, actuando sobre la tierra, percibí
perfectamente tu regreso, día hermoso,

y el de mis confidentes, ¡oh activas, veloces
fuerzas de lo alto! ¡Y estáis cerca
de mí otra vez, como siempre, felices
árboles sin error de mi floresta!
Reposasteis, crecisteis y cada día, humildes,
la fuente de los cielos os regaba
con luz, y os fecundaba con destellos de vida,
en vuestra florescencia, el éter, ¡oh entrañable
naturaleza! Te tengo ante mi vista,
¿conoces aún al amigo tan amado?
¿No me conoces ya?, ¿no conoces
al sacerdote que venía a ofrecerte el canto vivo
como sangre de víctimas inmoladas con gozo?

¡Oh, junto a las sagradas cisternas,
donde las aguas, desde las arterias de la tierra,
se acumulan y,
en el día tórrido,
alivian al sediento! En mí,
en mí os metisteis, fuentes de la vida,
afluyendo de las profundidades del mundo,
y acudían
los sedientos a mí. ¿En qué ha acabado todo?
¿Tanta tristeza? ¿Estoy tan solo?
¿Y es de noche aquí afuera, en pleno día?
Aquél que vio más alto que ojo mortal alguno,
cegado, ahora anda a tientas;
¿dónde estáis, dioses míos?
¡Ay! ¿Me dejáis
como a un mendigo?,
y este pecho
que con amor os presintió,
¿por qué lo arrojáis de vosotros al abismo,
y lo atáis con angostas ligaduras inicuas,
a él que nació libre, que existe por sí mismo
y no es de nadie más? ¿Y ha de seguir ahora
su camino, él, tanto tiempo mimado,
que, a menudo, dichoso, con todos los vivientes,
en un tiempo de sagrada hermosura, sintió
vuestra vida como el corazón de un mundo?,
¿Y de sus fuerzas divinas, soberanas,

condenado en su espíritu, debe salir así,
expulsado? Y debe cebarse para siempre
de su propia nada y de su noche,
soportando lo insoportable como los débiles
que en el medroso Tártaro se forjan
en la antigua tarea diaria. ¿Por qué haber
descendido
tan bajo?, ¿por nada? ¡Insensato! Ciertamente
eres el mismo y sueñas como si fueses
un ser débil. ¡Una vez!, ¡una vez más
debe brotar la vida para mí! ¡Y lo quiero!
¡Bendición o anatema! ¡Nunca más, tan
humilde,
defraudes la energía que te sale del pecho!
¡Quiero que todo se ensanche en torno a mí, y
tú, de día,
brotarás de mi propia llama! Tienes que estar
contento, pobre espíritu, ¡cautivo!,
debes sentirte libre, y grande, y rico
en tu propio mundo...
¡Y otra vez solo, ay!, ¿y otra vez solo?

¡Ay, solo, solo, solo!
¡Y jamás os encuentro,
dioses míos,
y jamás regreso
a tu vida, naturaleza!
¡Soy tu proscrito...! ¡Ay!, porque sin duda
tampoco te hice caso, y me alcé
por encima de ti, y tú, no obstante,
rodeándome antaño con tus cálidas alas,
¡oh dulcísma!, ¿no me salvaste del sueño?
Salvaste al insensato que no quiso el alimento,
lo atrajiste compasiva, acariciante, hacia
tu néctar, para que bebiera y creciera
y floreciese; y ahora que se ha vuelto poderoso,
ebrio,
te hace mofa en pleno rostro..., oh espíritu,
espíritu que me criaste, tú, viejo Saturno,
formaste a tu señor, un nuevo Júpiter,
sólo que más débil y más impertinente.

Porque su mala lengua sólo puede injuriarte.
¿No hay en ninguna parte un vengador, y yo solo debo
llamar sobre mi alma el escarnio y la maldición?
¿Debo estar solo así también?

ESCENA TERCERA

PAUSANIAS. EMPÉDOCLES.

EMPÉDOCLES. ¡Amigo, siento tan sólo el declinar del día!
¡Y para mí todo se hace oscuro, y frío!
¡Es el regreso, bienamado! No al reposo,
como cuando el ave, contenta del botín,
oculta su cabeza para un sueño satisfecho,
del que despertará más fresca, no, no es así para mí!
¡Ahórrame las quejas! ¡Evítalas!
PAUSANIAS. ¡Muy extraño te has vuelto para mí,
oh mi Empédocles! ¿No me conoces?
¿Y a ti, magnífico, he dejado también de conocerte?
¿Tanto has podido cambiar, convirtiéndote
en un enigma, noble semblante?
¿Y así puede la aflicción doblegar hacia la tierra
a los preferidos del cielo? ¿Es que tú
no lo eres? ¡Y mira cómo todos lo agradecen!
Y así, en áureo jubilo, nadie tuvo
tanto poder como tú entre su pueblo.
EMPÉDOCLES. ¿Me veneran? ¡Oh, diles entonces
que dejen de hacerlo! Me sienta mal
el ornamento y se marchitan
también las hojas verdes
en el tronco arrancado.
PAUSANIAS.
Aún estás ahí, de pie, y las frescas aguas

juegan en torno a tus raíces, y en tu cumbre
sopla el aire benigno; tu corazón no se nutre
de lo perecedero; imperan sobre ti
menos mortales fuerzas.

EMPÉDOCLES.

¡Me recuerdas, bienamado, mís días juveniles!

PAUSANIAS.

Más bello aún se me antoja el centro de la vida.

EMPÉDOCLES. Y con gusto, los ojos de los que pronto se extinguen,
cuando se acerca la caída,
miran atrás por última vez,
agradecidos. ¡Oh, aquellos tiempos!
¡Oh delicias de amor, cuando mi alma,
despertada por los dioses, como la de Endimión,
de un sueño infantil, se abría,
tan viva, y reconocía a los grandes
genios de la vida, siempre jóvenes.
¡Oh sol hermoso! Los hombres no me lo habían
enseñado; fue mi propio corazón el que, con su inmortal
amor, me empujó a los inmortales,
¡a ti, a ti, luz serena! Nada puede encontrar
que fuese más divino, y así como tú, en tu día,
no eres avara de la vida y, sin cuidado,
te desprendes de tu dorada plenitud,
así yo, que soy tuyo, ofrecí a los mortales
lo mejor de mi alma
y, abierto sin temor, mi corazón
se entregó, como tú, a la grave tierra,
grávida de destino; a ella, en el gozo juvenil, la vida,
para que le perteneciese hasta el final,
yo le ofrecí a menudo en horas entrañables,
y así a ella me até con el preciado vínculo de la muerte.
Otros fueron entonces los murmullos del bosque
y dulcemente sonaron las fuentes de sus montes.
Todas tus alegrías, oh Tierra, las que verdaderas,

y cálidas, y plenas, maduran con esfuerzo y amor,
enteras me las diste. Y cuando, con frecuencia,
sentado en una cumbre tranquila, meditaba
asombrado por el cambiante desvarío de los hombres,
movido demasiado hondamente por tus cambios,
y adivinaba próxima mi propia decadencia,
respiró entonces el éter, como tú, en torno a mi pecho
lastimado de amor, y me curó,
y, como las nubes que salen de la llama, se esfumaban
en el elevado azul mis inquietudes.

PAUSANIAS. ¡Oh hijo del cielo!

EMPÉDOCLES.
¡Lo fui! ¡Sí! Y quisiera explicarlo,
¡pobre de mí! Quisiera una vez más
evocar en mi alma
la acción de tus fuerzas de genio,
soberanas, cuyo camarada fui, oh naturaleza,
porque mi pecho mudo, que la muerte devasta,
resonara con todos tus sonidos.
¿Lo soy aún? ¡Oh vida!, ¿oí el murmullo
de todas tus aladas melodías, y escuché
tu antigua consonancia, oh gran naturaleza?
¡Ah solitario!, ¿no he vivido
con esta tierra sacrosanta y esta luz,
y contigo, a quien nunca el alma deja,
oh padre éter?, ¿y con todos los vivos,
yo, el amigo de los dioses, en el Olimpo
bien presente? Me han expulsado, estoy
completamente solo, y el dolor es ahora
mi compañero de todos los días, y también de mi sueño.
Junto a mí nada prospera, ¡vete!
¡Vete y no preguntes! ¿Piensas que estoy soñando?
¡Oh, mírame! Y no te asombre, bondadoso,
que haya caído tan bajo; a los hijos del cielo,

cuando se han vuelto demasiado dichosos,
se les destina una maldición propia.

PAUSANIAS. ¡No soporto, ay,
tales discursos! ¿Tú hablas así? No lo soporto.
No deberías angustiar de este modo
tu alma y la mía. Me parece una mala señal
que al espíritu, siempre jubiloso, puedan
nublarlo así los poderosos.

EMPÉDOCLES.
¿Lo sientes? Esta señal indica que pronto,
en la borrasca, él debe descender a la tierra de nuevo.

PAUSANIAS.
¡Oh bienamado, abandona este ánimo sombrío!,
¡oh!, ¿qué os ha hecho este ser puro,
para que así hundáis su alma en tinieblas,
dioses de la muerte? ¿Acaso los mortales
no tienen nada propio en parte alguna,
y lo terrible penetra hasta su corazón,
y reina aún el eterno destino
en el pecho de los fuertes? Domina el pesar
y ejerce tu poder, tú que eres
más poderoso que los otros, ¡oh, considera,
por mi amor, quién eres,
piensa en ti mismo y vive!

EMPÉDOCLES.
No me conoces, ni a ti, ni la muerte, ni la vida.

PAUSIANAS. A la muerte la conozco muy poco,
porque muy poco he pensado en ella.

EMPÉDOCLES. Estar solo
y sin dioses, es la muerte.

PAUSANIAS. Déjala, te conozco; por tus actos
te reconocí, conocí el poder
de tu espíritu y su universo,
cuando, con frecuencia, una palabra tuya,
en el sagrado instante,
creaba para mí muchos años de vida,
y así se abría una era nueva y bella
para el adolescente. Como a los mansos ciervos,
cuando el bosque murmura a lo lejos
y recuerdan su cuna, así me palpitaba

a menudo el corazón, al explicarme tú la dicha
del mundo originario, porque conoces los días
puros,
y a ti se abría todo el destino; ¿no trazaste
ante mis ojos las grandes líneas del futuro,
con mirada segura, como los artistas
que añaden a todo el cuadro un miembro que
faltaba?
¿No conoces las fuerzas de la naturaleza
para guiarlas, en una intimidad que no posee
ningún mortal, a tu antojo, con tranquilo poder?

EMPÉDOCLES.

¡Justo! Todo lo sé, todo puedo dominarlo.
Como obra de mis manos, lo conozco
por completo, y conduzco a voluntad,
señor de los espíritus, los seres vivos.
Mío es el mundo; serviciales y sumisas,
son para mí todas las fuerzas,

la naturaleza,
necesitada de dominio, se hizo mi servidora.
Y si aún le queda honor, de mí le viene.
¿Qué serían, por tanto, el cielo y el mar,
las islas y los astros, y todo lo que se ofrece
a la vista de los hombres?, ¿qué sería
esta lira, si yo no le prestara la voz,
la lengua y el alma?, ¿qué son
los dioses y su espíritu, si yo
no los anunciase? Dime, ¿quién soy yo?

PAUSANIAS.

No te escarnezcas, en tu despecho, a ti mismo,
ni hagas burla de aquello que glorifica a los
hombres,
sus actos y su verbo, no arruines el coraje
en mi pecho, ni me reduzcas por el miedo a la
infancia.
¡Oh, habla por fin! Te odias a ti mismo
y odias a lo que te ama y a lo que quiere ser
tu igual;
quieres ser distinto al que eres, no te contentas
con tu honor y te inmolas a lo desconocido.

No deseas permanecer, deseas
perderte, ¡ay! En tu pecho
hay menos calma que en mí.
EMPÉDOCLES. ¡Inocente!
PAUSANIAS. ¿Y te acusas?
¿Qué motivo tienes? ¡Oh, no sigas haciendo por
más tiempo
un enigma de tu sufrimiento! ¡Me tortura!
EMPÉDOCLES. El hombre debe obrar con calma.
El que reflexiona debe fomentar y esclarecer
el desarrollo de la vida a su alrededor
porque, llena de alta significación,
de fuerza silenciosa, la gran naturaleza
abraza al que vive presintiendo,
para que dé forma al mundo
y, a fin de que invoque hacia el exterior su
espíritu,
asciende de profundas raíces
este pujante anhelo en su interior.
Y es capaz de muchas cosas, y es magnífico
su verbo que transforma el mundo,
y entre sus manos *

FINAL DEL ACTO SEGUNDO

PANTEA. ¡No eres tú, error humano,
quien ha mimado su corazón, porque eres
demasiado insignificante! ¿Qué le has dado,
pobre como eres? Ahora que este hombre
anhela huir hacia sus dioses,
los imbéciles se sorprenden, como
si ellos fuesen los creadores de su alma sublime.
¡No en vano, oh naturaleza,
se lo has dado todo!
¡Tus preferidos son más efímeros que los
demás!
¡Lo sé muy bien!
Vienen a nosotros y crecen, y nadie dice

* Frase cortada en el original (N. del T.).

cómo han llegado a ser lo que son, y así también
desaparecen, ¡los felices!, ¡ah, déjalos!
DELIA. ¿Acaso no es hermoso
vivir entre los hombres?; mi corazón
no conoce otra cosa, y descansa
en este único ser, pero, con triste oscuridad
veo ante mis ojos, amenazador, el fin
de este hombre incomprensible, ¿y tú también
le induces a alejarse, Pantea?
PANTEA. Debo hacerlo. ¿Quién le contendrá?
¿Cómo decirle: tú eres mío,
si sólo a sí mismo se pertenece, tan lleno de vida,
y su espíritu es su única ley?
¿Y para salvar el honor de los mortales
que le han afrentado,
ha de permanecer aquí,
si el padre éter
le abre los brazos?
DELIA. ¡Mira! Espléndida y amable
es también la tierra.
PANTEA. Sí, espléndida, y ahora más espléndida.
Un ser audaz no podrá separarse
de ella sin recibir sus dones.
¡Aún se detiene sin duda
en una de tus verdes cumbres, oh tierra
cambiante!
¡Y por encima de las ondeantes lomas,
aún mira, abajo, el mar abierto! Y de él extrae
su última alegría. Puede
que no le veamos nunca más. ¡Buena amiga!,
también a mí me afecta, ciertamente, y lo
quisiera
de otro modo, aunque me da vergüenza.
¡Hará lo que ha de hacer! ¿Acaso no es sagrada
su acción?
DELIA. ¿Quién es el muchacho que ahora
baja de la montaña?
PANTEA. Pausanias. ¡Ah!, ¿hemos de volvernos
a ver ahora, cuando te quedas sin padre?

PAUSANIAS. PANTEA. DELIA.

PAUSANIAS. ¿Dónde está? ¡Oh Pantea!
Tú le veneras, le buscas también,
quieres verlo una vez más,
al terrible peregrino, a él, el único
destinado a recorrer con gloria la senda
que ningún otro pisará sin maldición.
PANTEA. ¿Es piadoso, si lo hace él, y grande,
lo que todos temen?
PAUSANIAS. Me apartó de su lado, y luego
ya no lo he visto más. Le llamé
en la montaña, pero no pude hallarle.
Regresará, seguro. Prometió,
afable, que se quedaría hasta caer la noche.
¡Oh, si viniera! Más veloz que las flechas,
pasa volando la hora más querida.
Porque otra vez estaremos contentos a su lado;
tú lo estarás, Pantea, y ella,
la noble forastera, que sólo una vez
lo verá, como un espléndido meteoro.
Estáis llorando, ¿habéis tenido
noticia de su muerte?
¡Oh tristes!, vedlo
en su esplendor, al ser sublime,
ved si la tristeza
y lo que a los mortales les parece terrible,
no se hace más dulce ante sus ojos bienhadados.
DELIA. ¡Cómo le amas! ¿Y suplicaste en vano
a este hombre severo? ¡Más poderosa que él
es la súplica, joven! ¡Y habría sido para ti
una hermosa victoria!
PAUSANIAS.
¿Qué podía yo hacer?, si me conmueve
el alma al responderme
cuál es su voluntad.
Su negación sólo dispensa gozo.
Es así, y cuanto más insiste

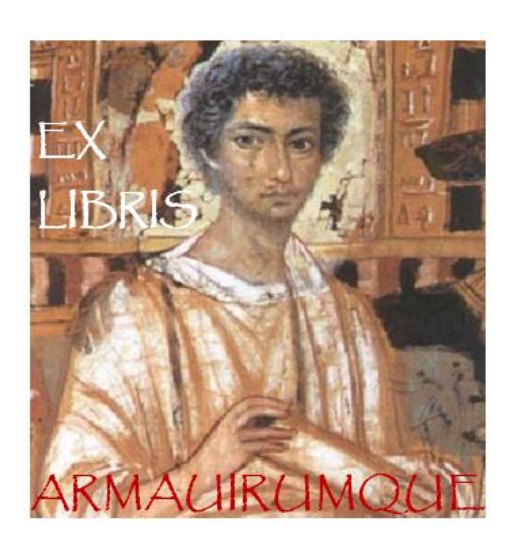
en su designio este hombre prodigioso,
más profundamente vibra con él el corazón.
No es una persuasión fatua, creéme,
su forma de adueñarse
de la vida.
A menudo, cuando vivía
tranquilo en su mundo,
altivamente sobrio, le veía tan sólo
con oscuros presagios, y yo tenía el alma
llena y agitada, pero no podía
sentirla, y casi me angustiaba
la presencia de lo intangible.
Pero, decisiva, la palabra salió de sus labios
y entonces resonó un cielo de alegría en él
y en mí, y de mí se apoderaba
sin contradicción, y yo me senía tan sólo más
libre.
¡Ah si él pudiese errar, yo reconocería
más hondamente en ello la verdad inagotable,
y si muere, de sus cenizas veré alzarse
en llamas su genio, aún con mayor claridad.
DELIA. ¡Te inflama, oh alma grande, la muerte
del gran hombre, pero a los corazones
de los mortales, les place también
calentarse a la luz benigna, y los ojos
se aferran a lo que permanece! ¡Oh, dime!,
¿qué es lo que aún ha de vivir y durar?
A los más pacientes se los lleva el destino, y si
arriesgan un presentimiento, vuelve a rechazarlos
en seguida, y muere
la juventud por sus esperanzas.
Ningún ser vivo permanece
en su momento de esplendor, ¡ay! ¡Y los
mejores,
ellos también, van a unirse a los exterminadores
dioses de la muerte, y parten con placer,
y hacen que se nos vuelva una vergüenza
permanecer entre los mortales!
PAUSANIAS. Tú condenas.
DELIA. ¡Oh!, ¿por qué haces que a tus héroes
les sea tan fácil

morir, naturaleza?
Demasiado gustoso, Empédocles,
demasiado gustoso te inmolas;
el destino derriba a los débiles, y a los otros,
los fuertes, no les importa caer, mantenerse,
y acaban siendo iguales a los más frágiles.
¡Oh Magnífico! Lo que has sufrido,
no lo sufre un esclavo,
y más pobre que cualquier otro mendigo,
has recorrido esta tierra,
sí, y ciertamente es ésta la verdad:
los más rechazados
no son tan míseros como vosotros, amados,
cuando la ignominia les alcanza, ¡oh dioses!
Y él lo ha aceptado con hermoso gesto.
PANTEA. ¿No lo ha hecho así, en verdad?
¿Cómo no había de hacerlo?
Siempre, siempre debe el genio
sobrevivir al poder excesivo.
¿Pensabais que el aguijón lo detendría?
Los dolores aceleraron su vuelo,
como cuando el auriga empieza a echarle humo
la rueda en la pista, y corre
aún más veloz en pos de la corona.
DELIA. ¿Tan gozosa te sientes, Pantea?
PANTEA.
No sólo en el florecimiento y en la uva purpúrea
está la sagrada energía; la vida
se alimenta de dolor, hermana.
Y la dicha bebe también, como mi héroe,
en el cáliz de la muerte.
DELIA. ¡Ay!, ¿así debes
consolarte, hija mía?
PANTEA. ¡Oh, no! Lo único que me alegra
es que sea sagrado, si debe consumarse,
lo temido, para que se consume con gloria.
¿No han ido algunos héroes, como él,
a reunirse también con los dioses?
Aterrado y llorando en alta voz, vino
de la montaña el pueblo, y no he visto
a uno solo que le difamase,

porque no ha huido, como los desesperados,
en secreto; todos le han escuchado,
y les resplandecía el rostro en su dolor,
a causa de las palabras pronunciadas por él.
PAUSANIAS. ¿Así, solemnemente, declina
el astro y, ebrios
de su luz, resplandecen los valles?
PANTEA. ¡Es cierto que, solemnemente, declina...
el hombre grave, tu amado, oh naturaleza!
¡Tu amigo fiel, tu víctima!
¡Oh, no te aman los que temen la muerte!,
el pesar les encadena, engañoso,
la vista; tu corazón no palpita junto
a tu corazón; se agostan
alejados de ti. ¡Oh todo sacrosanto!,
¡vivo!, ¡íntimo! En agradecimiento
y para dar testimonio de ti, que ignoras la muerte,
el audaz arroja sonriente sus perlas al mar,
del que salieron.
Así debe ocurrir.
Así lo quiere el espíritu
y el tiempo que madura,
pues una vez, ciegos, tuvimos
necesidad del milagro.

LA MUERTE DE EMPÉDOCLES

(TERCERA VERSIÓN)



PERSONAJES

EMPÉDOCLES
PAUSANIAS, *su amigo.*
MANES, *un egipcio.*
ESTRATON, *señor de Agrigento, hermano de Empédocles.*
PANTEA, *su hermana.*
SÉQUITO
CORO *de agrigentinos.*

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

EMPÉDOCLES (*despertando del sueño*).
Por encima de los campos, os llamo,
para que vengáis a través de las lentas nubes,
oh rayos cálidos del mediodía, que habéis alcanzado
la madurez suprema, para que en vosotros reconozca
el nuevo día de mi vida. ¡Porque todo es distinto!
¡Pasó, pasó la humana pesadumbre! Como si
me nacieran alas, me siento ágil y cómodo
aquí arriba, y es bastante mi riqueza, vivo
contento y soberano, aquí, donde el cráter de fuego
está lleno del espíritu hasta el borde, coronado
de flores que él mismo ha producido,
y que me ofrece, hospitalario, el padre Etna.
Y cuando la tormenta subterránea, al despertar,
suba, como en una fiesta, a la sede nubosa
del dios del trueno, su pariente próximo,
y vuele hacia el júbilo, también mi corazón se elevará.
Con las águilas entono aquí el canto de la naturaleza.
El no pensó que, en este exilio, para mí
florecería una vida distinta, cuando me desterró
con ignominia de nuestra ciudad,
mi regio hermano. ¡Ah, no sabía,
tan inteligente, qué bendición me deparaba!
Al librarme de vínculos humanos, me declaró libre,
libre como las alas del cielo.
¡Por esto todo tuvo validez! ¡Todo fue consumado!
Con maldición y escarnio, este pueblo, que fue el mío,

se armó contra mi alma y me expulsó
y no en vano resuena aún en mis oídos
la banal carcajada de cien voces que me siguió, cuando,
soñador, loco, emprendía llorando mi camino.
¡Por el juez de los muertos! ¡Bien lo merecí!
Y me fue saludable; el veneno sana a los enfermos
y un pecado castiga otro pecado.
Porque he pecado mucho desde mi juventud;
jamás amé como un hombre a los hombres; les serví
tan ciegamente como sirven el agua y el fuego,
y por esta razón tampoco me acogieron
como hombres, ¡oh, por esto me cubrieron de ultrajes
el rostro y me trataron como a tí, naturaleza,
que todo lo soportas! Pero tú me tienes también,
me posees, y entre tú y yo alborea
de nuevo nuestro antiguo amor;
me llamas, me atraes, hacia ti cada vez más.
¡Olvido...! ¡Oh, como una vela venturosa
me desprendo de la costa, y la ola de la vida
por sí sola me deja!
y si crece el oleaje, y sus brazos
la madre extiende para rodearme,
¡oh!, ¿qué puedo, qué puedo temer aún?
Tal vez
se asusten otros, cierto. Porque se trata de su muerte.
¡Oh tú, a quien tan bien conozco, hechicera
llama tremenda, que tan callada vives
aquí y allá, oh alma de lo vivo!
Viva eres para mí, y te me revelas;
no te me ocultarás, espíritu cautivo, por más tiempo,
serás claro para mí, porque no temo que lo seas.
Porque quiero morir. Es mi derecho.
¡Ah, dioses, como la aurora, a mi alrededor
y por debajo, la antigua ira pasa con estruendo!
¡Abajo, abajo, tristes pensamientos!

¡Escrupuloso corazón! Ya no te necesito.
Ya no hay dudas aquí. El dios
llama...

(*se da cuenta de la presencia de Pausanias*)

y a este amigo, demasiado leal,
debo liberarle también; mi senda no es la suya.

ESCENA SEGUNDA

PAUSANIAS, EMPÉDOCLES

PAUSANIAS.
Al parecer, te has despertado alegre, peregrino.
EMPÉDOCLES.
He echado ya una ojeada, y no en vano,
amigo, a mi nueva patria.
El despoblado me resulta acogedor; también a ti
te gustará la noble fortaleza,
nuestro Etna.
PAUSANIAS.
Nos han desterrado, y a ti, ser bondadoso,
te ultrajaron y, debes creerme,
hacía mucho que les eras insufrible, y en lo hondo
de sus riunas, en su noche, a los desesperados,
les parecía demasiado clara la luz.
Que acaben ahora sin estorbos
en la tormenta sin orillas, mientras la nube
oculta el astro, que conduzcan en círculo su nave.
Lo sabía muy bien, oh divino, a ti
te elude la flecha que acierta y abate a otros.
Y sin daño, como la amansada serpiente
en torno al bastón del mago, a tu alrededor
desde siempre jugueteó la turba infiel, que tú
educaste

y a la que cobijaste en tu corazón, ¡oh
amantísimo!
¡Ahora ya basta! ¡Déjalos que, sin forma,
se revuelquen, huyendo de la luz, por el suelo
que los sostiene y que, ansiosos y temerosos
de todo,
corran hasta agotarse; que ardan las brasas
hasta extinguirse! ¡Aquí vivimos tranquilos!
EMPÉDOCLES. ¡Sí! Vivimos tranquilos; con toda
su grandeza se abren
aquí, ante nosotros, los sagrados elementos.
Infatigables se agitan, constantes
en su fuerza, alegremente a nuestro alrededor.
En sus firmes orillas bulle y reposa
el viejo mar, y se alza la montaña
con el rumor de sus ríos y torrentes, ondea y
murmura
su verde bosque que desciende de un valle a
otro valle.
Y arriba está la luz, el éter apacigua
el espíritu y el deseo más secreto.
¡Aquí viviremos tranquilos!
PAUSANIAS. Quédate pues
en estas cumbres, y habita en tu universo,
yo te serviré y veré lo que nos hace falta.
EMPÉDOCLES. Poco nos hace falta, y yo mismo,
desde ahora proveeré con gusto a ello.
PAUSANIAS.
¡No, bienamado! Me he procurado de antemano
las primeras cosas que necesitas.
EMPÉDOCLES. ¿Sabes tú acaso lo que necesito?
PAUSANIAS. ¡Como si no supiera
lo que basta a tu sublime templanza!
Y tanto como la vida, convertida en amada
insuficiencia de la naturaleza íntima,
lo más pequeño significa mucho para tu
confidente.
Mientras dormías aquí, en la tierra desnuda
cómodamente bajo el cálido sol, yo pensé
que sería mejor un suelo más blando, y pasar
la fría noche en una estancia resguardada.

Además, sospechosos a los ojos de todos, estamos
casi demasiado cercanos a las casas de los otros.
No quería pasar mucho tiempo alejado de ti
y he subido veloz a lo alto, y he tenido la suerte
de hallar, construida para ti y para mí, una
morada tranquila.
Una roca profunda, rodeada de robles espesos,
allá en el centro oscuro del monte,
y muy cerca brota una fuente, y verdea en torno
la abundancia de buenas plantas y, como lecho,
disponemos de hierba y follaje en exceso.
Allí estarás a cubierto de ultrajes y, cuando
meditas,
y cuando duermas, todo será hondo y callado;
la gruta será, para ti y para mí, un santuario.
Ven a verlo tú mismo, y no digas que en lo
sucesivo
ya no puedo serte útil; ¿a quién más lo sería?
EMPÉDOCLES. Demasiado lo eres.
PAUSANIAS. ¿Cómo podría serlo demasiado?
EMPÉDOCLES. Eres también demasiado leal;
eres un niño insensato.
PAUSANIAS.
Puedes hablar así, pero no veo nada más sensato
que ser de aquél para el cual he nacido.
EMPÉDOCLES. ¿Tan seguro estás?
PAUSANIAS. ¿Por qué no?
En otro tiempo, cuando igual a un huérfano,
buscaba por estas costas, pobres en héroes,
un dios tutelar, y andaba errante, tristemente,
¿por qué, oh benigno, me habrías tendido las
manos?
¿Por qué, mientras seguías tu ruta sosegada
con ojo certero, habrías emergido,
oh noble luz, en mi crepúsculo?
Desde entonces soy otro, y tuyo,
y más cercano a ti, y más solitario contigo;
mi alma crece con más gozo y más libre.
EMPÉDOCLES. ¡Oh, silencio!
PAUSANIAS.
¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿Cómo puede

confundirte una palabra amable, hombre admirado?

EMPÉDOCLES.

¡Anda! Sígueme y calla, y déjame tranquilo,
y no agites también mi corazón.
¿No habéis hecho para mí del recuerdo
un puñal? Y ahora se asombran aún
y se presentan ante mí y preguntan.
¡No! Tú no tienes la culpa... Sólo que, hijo mío,
me cuesta demasiado soportar lo que se me acerca.

PAUSANIAS.

¿Y a mí, a mí me rechazas? ¡Oh, piensa en ti,
sé el que eres, y mírame, y dame nuevamente aquello
de lo que puedo prescindir menos que nunca,
una palabra buena con generoso ánimo.

EMPÉDOCLES.

Cuéntame tú mismo lo que más te plazca;
para mí, lo pasado ya no existe.

PAUSANIAS.

Sé muy bien lo que ha pasado para ti,
pero lo cierto es que tú y yo permanecemos.

EMPÉDOCLES.

¡Será mejor que hables de otra cosa, hijo mío!

PAUSANIAS. ¿Qué otra cosa me queda?

EMPÉDOCLES. ¿Me entiendes tú también?

¡Márchate! Te lo he dicho y te lo digo,
no está bien que, sin que nadie te lo pida,
así penetres en mi alma,
siempre pegado a mí, como si no supieras
obrar de otro modo, con pobre temor.
Debes saber que no te pertenezco,
ni tú a mí, y que tus sendas no son
las mías; mi edad florece en otra parte.
Y lo que hay en mi mente no es de hoy,
y fue resuelto desde que nací.
¡Mira a lo alto, atrévete! Lo que uno es, se quiebra;
el amor no muere en su capullo,

y por doquier, el árbol aéreo de la vida
se ramifica con libre regocijo.
No hay unión temporal que permanezca;
¡hemos de separarnos, hijo! Y no demores
ya mi destino ni vaciles.

¡Oh, mira! Brilla la imagen de la tierra, ebria
y divina, presente para ti, oh adolescente;
la ronda presurosa murmura y se agita
por todos los países, y cambia, joven y ágil,
con gravedad devota, para que los mortales
celebren a su antiguo padre, el espíritu.
Vé tú también y únete a su viaje, sin vértigo,
humanamente, y piensa en mí, al caer la noche.
A mí me conviene la estancia tranquila,
elevada, espaciosa, porque es cierto
que necesito descansar; demasiado pesados
tengo los miembros para el juego diligente
de los mortales, y si canté en otro tiempo
una canción de fiesta con gozo juvenil,
la dulce lira está ya hecha pedazos.
¡Oh melodías encima de mí! ¡Fue una burla!
Y yo me atreví puerilmente a imitaros;
resonó en mí un ligero eco, insensible
e incomprensible...
Ahora os escucho con mayor gravedad, voces divinas.

PAUSANIAS. No te conozco, ya sólo veo tristeza
en lo que dices, pues todo es un enigma.
Y yo, también yo, ¿qué te he hecho,
para que me aflijas a tu antojo
y tu corazón se esfuerce y se goce en deshacerse
de lo único, de lo último que le queda; esto no tiene nombre.
No lo esperaba así cuando, proscritos,
pasando de largo, medrosos, junto a las casas de los hombres,
caminábamos juntos en la noche hosca.
No fue para esto, bienamado, que yo presencié
cómo, con las lágrimas, la lluvia del cielo
corría por tu rostro, y vi cómo, sonriente,

secabas tu grosera vestimenta de esclavo
al ardiente sol del mediodía,
en la arena sin sombras, cuando trazaste,
durante algunas horas, como un ciervo herido,
las huellas con la sangre que de tus pies desnudos
caía en la senda rocosa.
¡Ah, no he dejado mi casa ni cargué sobre mí
la maldición de mi pueblo y de mi padre,
para que ahora me dejes a un lado, como un vaso
ya usado
en el lugar donde deseas vivir y descansar.
¿Vas a ir muy lejos? ¿Dónde?, ¿dónde?
Iré contigo. Aunque no esté, como tú,
en íntimo contacto con las fuerzas de la
naturaleza,
ni, como tú, pueda ver el futuro,
sí que mi espíritu desplegará sus alas
lanzándose gozoso a la noche de los dioses,
y seguirá sin temer sus potentes miradas.
¡Sí!, aunque yo fuese débil, sería
fuerte como tú, por el amor que te tengo.
¡Por el divino Hércules! Aun si descendieses
desde esta cumbre hasta el valle sin fondo
para visitar, conciliador, a los violentos
titanes que habitan en lo hondo
y osases penetrar en el santuario del abismo
donde, sufriente, se oculta al día
el corazón de la tierra, y donde la oscura
madre te diría sus dolores, yo te seguiría
siempre, ¡oh hijo de la noche, hijo del éter!
EMPÉDOCLES. ¡Quédate entonces!
PAUSANIAS. ¿Cómo deseas que me quede?
EMPÉDOCLES. Te diste
a mí, eres mío; ¡no preguntes!
PAUSANIAS. ¡Sea!
EMPÉDOCLES.
¿Y una vez más me lo dices, hijo mío, y me das
tu sangre y tu alma para siempre?
PAUSANIAS. ¿He dicho acaso palabras inconexas
y te he hablado entre sueño y vigilia?
¡Incrédulo! Lo digo y lo repito:

Esto tampoco, tampoco esto es de hoy;
desde mi nacimiento estaba decidido.

EMPÉDOCLES. Yo no soy el que soy, Pausanias,
y mi estancia aquí no se contará por años,
es sólo un destello que debe extinguirse
muy pronto, una nota en la lira...

PAUSANIAS. ¡Así suenan las notas,
así se extinguen juntas en el aire!
Y el eco habla de ellas amistoso.
¡No me tientes ya más, y déjame,
y concédeme el honor que es mío!
¿No tengo, como tú, bastante pena en mí?
¡Cómo pretendes aún cargarme con más pena!

EMPÉDOCLES.
¡Oh corazón que todo lo sacrifica! ¡Y éste arroja
ya de sí la dorada juventud por amor mío!
¡Y yo! ¡Oh tierra y cielo! Mira, aún, aún estás
cerca de mí mientras la hora huye,
y para mí floreces, alegría de mis ojos.
Aún, como antes, te tengo entre mis brazos
como si fueses mío, como si fueses mi botín,
y el sueño encantador me trastorna una vez más.
¡Sí, sería magnífico que en las llamas sepulcrales,
con solemnidad, entrase, en lugar de un solitario,
una pareja así estrechamente agarrada,
al extinguirse el día. Con gusto llevaría conmigo
lo que amé, como un noble río todas sus fuentes,
ofreciéndolo en libación a la noche sagrada.
Pero será mejor que cada uno siga
su propia senda, como el dios lo decidió.
Esto es más inocente y no causa daño alguno.
Y resulta más justo y razonable que el espíritu
del hombre se pertenezca a sí mismo en todas partes.
Y luego... el hombre lleva con más facilidad su carga,
y más seguro está, cuando está solo.
Así crecen también las encinas del bosque
y, aunque viejas, no se conocen la una a la otra.

PAUSANIAS.
¡Como quieras! No voy a resistirme.

Tú me lo dices y es cierto sin duda, y es justa
y amable esta última palabra que me viene de ti.
¡Me voy, pues, y no turbaré en lo sucesivo
tu reposo, porque también es buena tu opinión
de que a mi mente no le va la calma.

EMPÉDOCLES.
Cierto, amantísimo. ¿No estás enojado?

PEUSANIAS. ¿Contigo?, ¿contigo?

EMPÉDOCLES.
Entonces, ¿que harás? Sí, ¿sabes adónde ir?

PAUSANIAS. Ordénamelo tú.

EMPÉDOCLES. Te he dado mi última orden,
Pausanias. Se acabó la autoridad.

PAUSANIAS. ¡Padre mío!, ¡aconséjame!

EMPÉDOCLES. Seguramente debería
decirte muchas cosas, pero voy a callármelas,
porque mi lengua no desea servir más
para los diálogos mortales y las vanas palabras.
¡Mira, amantísimo!, todo es distinto; pronto respiraré
más fácilmente y con mayor libertad, y así como la nieve
del alto Etna, bajo la luz del sol,
se calienta y reluce y se funde, y se desprende
de la montaña, y sobre sus ondas en cascada,
se cierne, alegre, el arco iris, floreciente,
así también se desprende y se me va del corazón en oleadas,
entre ecos de adiós, lo que el tiempo acumuló para mí;
cae lo grávido, y cae, y con claridad florece
la vida etérea por encima de todo.
Ahora, anda y sé valeroso, hijo mío; pongo al besarte,
promesas en tu frente;
a la luz crepuscular, se divisan los montes de Italia;
la tierra de los romanos, rica en proezas, te hace señas:
allí has de medrar, allí, donde, con gozo,
los hombres se enfrentan en la arena.

¡Oh ciudades de héroes! ¡Y tú, Tarento!
Pórticos fraternales, donde con frecuencia,
ebrio de luz, anduve antaño con mi amado Platón,
y para nosotros, jóvenes, cada año y cada día
nos parecían siempre nuevos en la sagrada escuela.
Visítale también, hijo mío, y salúdale por mí,
al viejo amigo junto al río de su patria,
el Ilisos florido, donde habita.
Y si tu alma no descansa, ve
y pregúntales a los hermanos de Egipto.
Allí escucharás las graves liras
de Urania, y sus notas cambiantes.
Allí te abrirán el libro del destino.
¡Ve! ¡Nada temas! ¡Todo retorna!
Y lo que ha de ocurrir, ya se ha cumplido.

(*Se va Pausanias.*)

ESCENA TERCERA

MANES. EMPÉDOCLES.

MANES.
¡Vamos! ¡No te retrases! No lo pienses más.
¡Perece! ¡Extínguete!, para que pronto venga
el reposo y la luz, ¡oh espectro!
EMPÉDOCLES. ¿Qué? ¿De dónde vienes?
¿Quién eres tú?
MANES Uno de los míseros
de esta estirpe, un mortal como tú.
Enviado en el justo momento a ti, que te crees
el favorito de los cielos, para nombrarte la ira
del cielo, del dios que no está ocioso.
EMPÉDOCLES. ¡Ah!, ¿le conoces?
MANES. Algo te dije de ello
en el lejano Nilo.
EMPÉDOCLES. ¿Y eres tú?, ¿tú aquí?

¡No es un milagro! Desde que estoy muerto
para los vivos, veo alzarse los muertos.

MANES.

Los muertos no hablan, cuando les preguntas.
Pero si una palabra necesitas, escucha.

EMPÉDOCLES.

Escucho ya la voz que me llama.

MANES. Así que, ¿habla contigo?

EMPÉDOCLES.

¿De qué sirven los discursos extranjero?

MANES.

¡Sí! Soy extranjero aquí, y vivo entre niños.
Todos los griegos lo sois. Lo he dicho a menudo
en otras ocasiones. Pero, ¿no me dirías
lo que te ha ocurrido con tu pueblo?

EMPÉDOCLES. ¿Por qué me intimas? ¿Por qué vuelves a llamarme?
Me ocurrió lo que debía ocurrirme.

MANES. Lo sabía
de antemano y desde hace ya mucho; te lo predije.

EMPÉDOCLES.

¡Y bien!, ¿qué quieres detener? ¿Por qué
me amenazas con la llama del dios, que
yo conozco y al que sirvo con gusto de juguete,
y juzgas, ciego, lo que es mi derecho sagrado?

MANES.

Lo que debe sobrevenirte, no voy a cambiarlo.

EMPÉDOCLES.

¿Viniste entonces a ver cómo sucede?

MANES.

¡Oh!, no bromees y honra tu propia fiesta,
corónate la cabeza, y adorna a la víctima
que no caerá en vano.
La muerte, brusca, está ya de antemano,
desde el principio, decretada, bien lo sabes,
para los insensatos iguales a ti.
¡Así lo quieres! ¡Sea así! Pero no voy a permitir
que caigas, irreflexivo como eres,
¡tengo para ti una palabra; medítala, ebrio!

Uno solo detenta el derecho, en estos tiempos,
a uno solo ennoblece tu negro pecado.
¡Se trata de alguien más grande que yo! Porque,
como la viña,
que da testimonio del cielo y la tierra cuando,
impregnada
de sol, crece desde el oscuro suelo,
así crece él también, nacido de la luz y la noche.
En torno a él bulle el mundo; todo lo que
sólo es agitación y daño en el seno
de los mortales, es conmovido desde sus
cimientos.
El señor del tiempo, inquieto por su dominación,
con los ojos sombríos, observa desde su trono
la revuelta.
Su día se apaga, y brillan sus rayos,
pero lo que llamea desde lo alto, y lo que
asciende del fondo,
tan sólo inflama la salvaje discordia.
Pero el único, el nuevo salvador, recoge
con calma los rayos del cielo, y acoge amoroso
lo que es mortal en su seno.
Y se apacigua en él la disputa del mundo,
y reconcilia a los dioses y a los hombres,
que vuelven a vivir próximos como antes.
Y para que, cuando aparece, el hijo
no sea mayor que los padres, ni esté encadenado
el espíritu sagrado de la vida,
olvidado por causa de él, el Único,
él se desvía, ídolo de su tiempo;
él mismo, para que, siendo puro,
le ocurra lo que es necesario y por una
mano pura,
destroza su propia ventura, excesiva para él,
y devuelve, purificado, lo que poseía
al elemento que le hizo glorioso.
¿Eres tú este hombre?, ¿el mismo?, ¿lo eres?

EMPÉDOCLES.

Te conozco en tus palabras sombrías, y tú,
omnisciente, me reconoces también.

MANES.

¡Oh, dime quién eres!, ¡y quién soy yo!

EMPÉDOCLES.

¿Me tientas, sigues tentándome aún, y vienes
a mí en esta hora, tú, mi espíritu malo?
¿Por qué no me dejaste partir en paz?
¿Y osas meterte conmigo, y me excitas,
para que emprenda con ira la senda sagrada?
Era aún un muchacho, y no conocía las cosas
que se movían, extrañas, en torno a mi vista,
a la luz del día, y maravillosas, las grandes
figuras de este mundo rodeaban con gozo
mi corazón inexperto, adormecido en mi pecho.
Y con asombro oía a menudo correr el agua,
y veía florecer el sol, y encenderse en él
el día joven de la tierra sosegada.
Y en mí se formó un canto, y se iluminó
mi corazón crepuscular en una plegaria que era un poema,
al llamar por su nombre a los extranjeros,
a los presentes dioses de la naturaleza,
y al disolverse el espíritu en el verbo, en la imagen,
y en su dicha el enigma de la vida.
Así crecí con calma, y otras cosas se hallaban
ya preparadas para mí. Porque con más violencia
que las aguas, la tremenda oleada humana
se estrelló contra mi pecho, y del tumulto
me llegó a los oídos la voz del pueblo mísero,
y cuando, hallándome silencioso en el pórtico,
se alzaron a medianoche sus lamentos de rebelión,
y se lanzaron a través de los campos y, cansados de vivir,
destrozaron sus casas con sus propias manos,
así como los templos abandonados con disgusto;
cuando los hermanos se dispersaron y los que se amaban
se cruzaban sin hablarse, y el padre no reconocía
a su hijo, y la palabra humana no era ya
comprensible, ni la ley de los hombres,
entonces, con horror, quise interpretar las cosas:

¡Era el dios de mi pueblo que se iba!
Yo lo escuché, y miré hacia lo alto,
a las constelaciones silenciosas, de las que él bajara.
Y me ofrecí a él con ánimo expiatorio. Aún vivimos
muchos días hermosos. Aún parecía, al fin,
que todo se rejuvenecía; y al recordar
la edad de oro, cuando sólo reinaba la confianza,
y la clara y enérgica mañana,
se esfumó el terrible despecho entre el pueblo y yo,
y establecimos lazos firmes y libres
e invocamos a los dioses vivos.
Pero a menudo, cuando me coronaba la gratitud del pueblo;
al acercárseme a mí solo, cada vez más,
el alma del pueblo, me venía un sobresalto,
pues cuando debe extinguirse un país, el espíritu
elige por última vez a un hombre único, a través
del cual suena su canto del cisne, su vida postrera.
Yo lo presentí, es cierto, pero le serví de buen grado.
Ha ocurrido. Ya no pertenezco
a los mortales. ¡Oh final de mi era!
¡Oh espíritu que nos formó, tú que, en secreto,
reinas en el día claro y dentro de la nube,
y tú, oh luz, y tú, oh madre tierra!
Aquí estoy, tranquilo, porque me espera
la hora nueva, largo tiempo prevista.
No la hallaré en imagen, ni en la breve dicha
común entre los mortales, sino que
en la muerte encontraré al dios vivo,
y hoy mismo estaré frente a él, porque hoy,
dueño del tiempo, prepara para celebrarlo, para
que sirva de signo, una tormenta para él y para mí.
¿Conoces la calma que nos rodea?, ¿conoces el silencio
del dios que nunca duerme? ¡Espéralo aquí!

A medianoche, lo consumará todo en nosotros,
y si tú, como dices, eres confidente
del dios del trueno; si está de acuerdo con él
tu espíritu, y le acompaña por las vías que conoce,
ven conmigo ahora que, solitario en exceso,
se queja el corazón de la tierra y, recordando
la antigua unidad, la oscura madre
abre los brazos de fuego hacia el éter
y ahora que el dominador viene en su rayo,
sigámosle en señal de que le somos
afines, hacia las llamas sagradas.
Pero si prefieres mantenerte a distancia,
¿por qué envidiar mi suerte? Si no
se te destina en propiedad, ¿por qué me la
arrebatas
y estorbas mi designio? Oh genios
que estabais junto a mí cuando empecé,
¡autores de remotos proyectos! ¡Os doy las
gracias
por haberme permitido acabar aquí la prolongada
serie de mis dolores, libre de otros deberes,
en una muerte libre, según la ley divina!
¡Para ti, esto es un fruto prohibido! ¡Déjame
pues y vete,
y si no puedes seguirme, no me juzgues!

MANES. El dolor te ha inflamado el espíritu,
desventurado.

EMPÉDOCLES.
¿Es que tú, impotente, no puedes curarlo?

MANES. ¿Qué ocurre con nosotros? ¿Lo ves con
tanta certeza?

EMPÉDOCLES. ¡Dímelo tú, que todo lo ves!

MANES. ¡Mantengámonos tranquilos, hijo, y
siempre aprendiendo!

EMPÉDOCLES.
Tú me enseñaste; ahora, aprende de mí.

MANES. ¿No me lo has dicho todo?

EMPÉDOCLES. ¡Oh, no!

MANES. ¿Te vas ya?

EMPÉDOCLES. ¡Aún no me voy, anciano!

De esta verde tierra, llena de bondad,
no ha de apartarse mi vista sin gozo.
Y quiero recordar aún el tiempo pasado,
los amigos de mi juventud, tan apreciados,
que están lejos, en las felices islas de la Hélade,
y mi hermano también, que me maldijo:
así había de ser; déjame ahora, cuando el día,
allá abajo, toca a su fin, me volveras a ver.

CORO FINAL DEL ACTO PRIMERO

(*Esbozo*)

Nuevo mundo

    y, como una bóveda de bronce,
el cielo cuelga sobre nosotros, una maldición paraliza
los miembros de los hombres, y los que dan la fuerza y la alegría,
los dones de la tierra, son como paja;
la madre se burla de nosotros con sus presentes,
y todo es apariencia...
¡Oh, cuándo, cuándo
    se abre ya
    la marea sobre el páramo
Pero, ¿dónde está?
    Para que conjure el espíritu vivo

Fragmentos de Píndaro

NOTA

El año 1803 es el último año productivo de Hölderlin y el que inaugura el llamado "período de la locura". Los fragmentos fueron compuestos ese año. Durante el verano, Schelling, que lo había visitado, se espantaba de la descomposición del pensamiento de su amigo y del descuido en que mantenía su persona. Meses más tarde Hölderlin empezaría a hablar en ese curioso idioma, mezcla de alemán, latín y griego, que tanto preocupaba a su médico de cabecera. Poco tiempo después perdería su último empleo (conseguido por la caridad de los viejos amigos) y sería encerrado en la famosa buhardilla, frente al ventanuco.

Los fragmentos son traducciones de Píndaro, a veces muy libres, seguidas de un breve comentario en el que se unen la alucinación y las ruinas de un lenguaje que fundaría el prestigio de sus amigos Hegel y Schelling.

La inconexión entre el espíritu *de Píndaro y la* letra *de Hölderlin es tan sorprendente que en algunos casos sólo permite aventurarse en el bello juego de la adivinación metafórica. La oscuridad del fragmento llamado* Los Asilos, *es característica; Jaccottet la relaciona con un viaje de Hölderlin a Suiza y el presentimiento del «asilo». Pero es posible que el asilo al que se refiere Hölderlin sea sencillamente el Orden.*

Por el contrario, otros fragmentos (como ese admirable Lo Vivificante*), están a la altura de sus mejores poemas de años anteriores, tanto por la calidad de la meditación, como por la brillantez visionaria.*

Un análisis más ámplio de los fragmentos puede encontrarse en el libro de F. Beissner, Hölderlins Übersetzungen aus dem Griechischen, *Stuttgart 1933.*

F. A.

INFIDELIDAD DE LA SABIDURIA

¡Oh niño, de quien, en la piel de la bestia póntica
amante de las rocas, más el espíritu depende,
únete a todas las ciudades,
alabando el presente,
benévolo,
y cambia tu opinión sobre el tiempo antiguo!

Capacidad del estudio solitario para el mundo. La inocencia del saber puro, en tanto que alma de la sagacidad. Pues la sagacidad es el arte, en circunstancias diversas, de seguir fiel, saber el arte, tras errores positivos, de estar encerrados en el entendimiento. El entendimiento, si es intensamente ejercitado, entonces mantiene su fuerza incluso en lo disperso: en la medida en que, gracias al borde afilado que le es propio, reconoce fácilmente lo que le es extraño, y por esta razón no se equivoca en situaciones dudosas.

Así avanza Jasón, discípulo del centauro, ante Peleas:

Creo poseer
la doctrina de Quirón. Vengo, en efecto, de la gruta
que es la mansión de Cariclo y Filires, donde
las hijas del Centauro me alimentaron,
las santas; veinte años he pasado allí
y sin embargo ni un acto
ni una palabra grosera
les dirigí, he vuelto a mi casa
para recoger la dominación, aquella de mi padre.

LOS ASILOS

Al principio tienen
por buena consejera a Themis
los celestes, sobre caballos de oro, al lado
de la sal del océano, las moiras con su escala,
la santa, conducida desde el olimpo
hasta el regreso luminoso,
para, hija anciana del salvador,
ser de Zeus,
pero élla, élla tiene
los bordados de oro, bondadosa,
las brillantemente fecundadas estancias del
reposo engendrado.

Cómo el hombre, hijo de Themis, se hace proposición, cuando, en su sentido de lo perfecto, ni en lo terrestre ni en lo celestial su espíritu no ha encontrado reposo hasta que, hallándose en el partir, en la huella de la vieja educación, el dios-y-hombre se reconoce nuevamente y, en recuerdo de una desesperación original, es dichoso *allí donde puede mantenerse.*

Themis, que ama el orden, ha puesto en el mundo los asilos del hombre, las tranquilas estancias del reposo, a las que nada exterior pueda dañar, dado que en ellas el obrar y el vivir de la naturaleza se concentra y alguien que presintiera, en sus alrededores, como recordando, experimentaría lo mismo que ellas sintieron antaño.

DEL DELFÍN

En la profundidad del mar sin oleaje, de las flautas
le ha emocionado amablemente el canto.

El canto de la naturaleza, en el viento de las Musas, cuando sobre las flores se extienden las nubes como sábanas, y sobre el esmalte de las flores de oro. En aquel tiempo cada ser declaraba su tono, su fidelidad, el modo en que se tenía junto a sí mismo. Sólo la diferencia de maneras produce la separación en la naturaleza, en la que por consiguiente, todo es más canto y voz pura, que acento de la necesidad y, de otro lado, lengua.

Es en el mar sin olas, donde el móvil pez oye el silbido de los Tritones, el eco del crecimiento de las tiernas plantaciones del agua.

DE LA VERDAD

Empresa de alta virtud, verdad majestuosa,
que no empujes
mi pensamiento a la áspera mentira.

Miedo ante la verdad, a partir del placer, a su contacto. En efecto, la primera comprensión viva de la verdad, en el sentido viviente, está, como todo sentimiento puro, expuesta a confusión; aunque nunca se yerre por nuestra culpa, ni por desarreglo, sinó a causa del objeto superior, para el cual, relativamente, los sentidos son demasiado débiles.

DE LA PAZ

Lo que es público, es lo siguiente, un
ciudadano
recogido en tiempo sereno;
entonces debe descubrir
de la paz munificente la luz sagrada,
y la rebelión, del pecho,
reprimir en todos sus aspectos; porque
emprobrece
y es enemiga de los educadores.

Antes de que las leyes, luz sagrada de la paz munificente, sean cubiertas, un hombre, un legislador, un príncipe, debe, en el *más desarraigado* o *más continuo* reparto de una tierra natal —y cada vez según la naturaleza de la receptividad popular—, comprender el carácter de este reparto, el *más regio* o el *más comunitario* para las relaciones de los hombres, en tiempo no turbado, con *más usurpación,* como entre los hijos griegos de la Naturaleza, o con *más experiencia,* como entre los educadores. Entonces las leyes son el medio de mantener este reparto en su inalterabilidad. Lo que vale para el príncipe de modo original, vale, como imitación, para el ciudadano más propiamente ciudadano.

LA EDAD

A quien justa y santamente
pasa su vida,
con dulzura le alimenta el corazón
y le alarga los días
la compañía de la espezanza, la cual
gobierna, de los mortales,
la variable opinión.

Una de las más bellas imágenes de la vida; cómo las costumbres sin falta, mantienen vivo el corazón del que brota la esperanza; la cual a su vez, hace florecer la simplicidad, con sus múltiples intentos, y varía el sentido y durante largo tiempo vivifica, con su apresurada lentitud.

EL INFINITO

Si el muro de la justícia,
en lo alto, o un retorcido engaño
escalo y así
reescribiéndome yo mismo, supero
mi vida allí arriba
tengo, ambigua,
la idea de decirlo con exactitud

Sarcasmo del sabio, y el enigma casi no debiera ser resuelto. La oscilación y la lucha entre justícia y sagacidad no se resuelven, en efecto, más que en una relación de reciprocidad absolutamente flexible. «Tengo, ambigua, la idea de decirlo con exactitud». Porque, consiguientemente, descubro entre la justícia y la sagacidad una relación, que no debe atribuirse a ellas mismas, sinó a un tercero, por medio del cual se relacionan infinitamente (exactamente), he aquí por qué tengo un pensamiento ambiguo.

El estatuto,
rey de todos, mortales
e inmortales; he aquí lo que trae
poderosamente, por esta razón,
la más justa justícia de la más alta mano.

Lo inmediato, tomado en todo su rigor, es imposible tanto para los mortales como para los inmortales; el dios debe distinguir diferentes mundos, conforme a su naturaleza, porque la bondad celeste, por ella misma, debe ser santa, no mezclada.

El hombre, como ser cognoscente, también debe distinguir mundos distintos, porque el conocimiento sólo es posible gracias a la oposición. Por tal razón lo inmediato, tomado en todo su rigor, es imposible tanto para los mortales como para los inmortales.

Pero el estatuto es la mediaticidad rigurosa.

Por esta razón, pues, trae poderosamente la más justa justícia de la más alta mano.

La educación, en tanto que es la figura en la que el hombre se reencuentra y encuentra el dios, es estatuto de la Iglesia y del Estado, y los dogmas heredados (la santidad de dios, y, para el hombre, la posibilidad de un conocimiento, de una elucidación), he aquí lo que trae poderosamente la más justa justícia de la más alta mano; mantiene, más rigurosamente que el arte, las relaciones vivientes, en las cuales, con el tiempo, un pueblo se encontró y encuentra. «Rey» significa aquí el superlativo, que no es más que un signo para el supremo fundamento del conocimiento, no para el más alto poder.

Aquello que subyuga a los hombres, tras
enseñar a los centauros
la fuerza
del vino en la dulzura de la miel, de pronto
rechazaron
la blanca leche con sus manos, la mesa, ellos,
lejos de sí mismos,
y se perdieron
bebiendo fuera de los cuernos de plata.

El concepto de centauro es sin duda el del espíritu de un río, en tanto que éste se hace camino y frontera, con fuerza, sobre la tierra originariamente sin rutas y creciendo hacia lo alto.

Su figura se da, por esta causa, en aquellos lugares donde la naturaleza es rica en grutas y rocas, *particularmente en los lugares donde, en su origen, el río abandonaba la cadena de montañas y debía forzar un paso a través de su orientación.*

Los centauros son, por ello, originalmente los amos de las ciencias de la naturaleza, ya que es en este punto de vista donde la naturaleza se deja penetrar con más facilidad. En tales parajes el río debía, originariamente, errar por todas partes, antes de forzarse un camino. Así se formaron como alrededor de los estanques, praderas húmedas y grutas en la tierra para los animales con glándulas mamarias, y el centauro era entonces el pastor salvaje, parecido al cíclope homérico; las aguas buscaban impacientemente su curso. Pero cuanto más seca se hacía una de sus dos riberas, más firme, y adquiría dirección por los árboles que las arraigaban fuertemente, y los matorrales y la viña, tanto más el río que recibía su movimiento de la figura de la ribera, debía tomar dirección, hasta que, empujado por su origen, forzara un paso en un lugar donde los montes, que lo encerraban, estaban más ligeramente unidos.

Es así como los centauros *aprendieron la fuer-*

za del vino en la dulzura de la miel, recibieron movimiento y dirección de la ribera fija y rica en árboles, y rechazaron *la blanca leche y la mesa con sus manos*; la ola formada rechazaba la calma del estanque, y así se modificó también el tipo de vida de la ribera; la invasión del bosque con sus tormentas y los seguros principios de la espesura removieron la vida ociosa del valle, el agua estancada fue empujada implacablemente por la más brusca ribera, *hasta adquirir brazos,* y así, teniendo su propia dirección, *bebió fuera de los cuernos de plata,* se hizo un camino, adoptó una determinación.

Los cantos de Ossian, particularmente, son verdaderos cantos de centauro, cantados con el espíritu de un río, y como el Quirón griego, el que a Aquiles enseñara el arte de tañer la lira.

Algunos documentos sobre la locura de Hölderlin

NOTA

Nada se sabe acerca de la enfermedad que atacó el pensamiento de Hölderlin. De igual manera que en el caso de Nietzsche, algunos visitantes lo describen como un loco furioso otros como una pacífica persona, más o menos huida a la realidad (a la realidad del visitante, claro) y otros lo describen, ingenuamente, como un histrión invadido por un sentido del humor algo extravagante.

Que la locura es una referencia poco de fiar ya lo vamos comprendiendo, a medida que el terreno de la medicina psiquiátrica va entrando en el dorado recinto del poder. Por eso recomendamos al lector andarse con cuidado al juzgar la locura de personajes como Hölderlin, Nietzsche, Artaud o Strindberg ya que se trata de gente apreciable, pero (quizá por falta de convicción) que eligieron un modo de comunicarse poco común en el carnaval cotidiano.

Los documentos son, en ocasiones, poco dignos de confianza: ¿que visión podía tener Bettina von Arnim con su estropeada mirada de intelectual progresista o, quizá peor, de diletante sublime? Y ese divertido estudiante, Wilhelm Waiblinger, embrutecido por el «aspecto» romántico y siempre aterrado, siempre temblando, al borde de imitar obscenamente a Manfred, ¿no es muy probable que acudiera a ver al Pobre Poeta Loco con intención más bien morbosa? Sin embargo, el pequeño número de documentos que se conservan son lo único que poseemos de los últimos cuarenta años de su vida. Cuarenta años de encierro. En fin, digamos treinta y seis.

F. A.

Visita de Waiblinger a Hölderlin, el 3 de julio de 1822, tal como la escribió en su diario íntimo.

«Hoy, en compañía de Wurm, hice una visita a Hölderlin. Tras bajar por una escalera de piedra que lleva al Neckar, fuimos a dar sobre una exigua placita, al fondo de la cual hay una casa de buen aspecto. Unos aparejos de carpintero, ante la puerta, nos hicieron comprender que habíamos llegado a nuestro punto de destino. Ya subíamos la escalera, cuando una muchacha, notablemente bella, vino a nuestro encuentro y nos preguntó a quién estabamos buscando. Pero no nos dio tiempo a responder: en medio de una habitación semicircular, encalada y desprovista de todo ornamento, había un hombre, las manos hundidas en los bolsillos de un pantalón cuya cintura caía sobre las caderas, haciéndonos insistentes cumplidos. La muchacha susurró: "Es él". La espantosa aparición me había confundido. Me aproximé y le tendí una carta de recomendación que me había dado Haug, el consejero aulico, y el financiero Weisser. Hölderlin apoyó la mano derecha en una cómoda próxima a la puerta, dejando la otra en su bolsillo. Su camisa, puesta de cualquier modo, estaba enteramente mojada de sudor. Fijó en mí su mirada llena de inteligencia, pero la expresión era tan lamentable que el frío me recorrió la espina dorsal; por otra parte no hacía más que decir, dirigiéndose a mí: "Su Alteza Imperial..." Otros sonidos que lograba proferir eran en parte inarticulados, en parte ininteligibles y mezclados con palabras francesas. Me sentí como un condenado. Tenía la lengua seca, la vista nublada, un sentimiento de terror me paralizaba el alma. ! Ah, tener ante sí el hombre más genial, más dotado, de la más pura naturaleza, la más grande, la más rica... y en un estado de terrible acabamiento! ¿No era aquello suficiente para pronunciar una blasfemia? Wurm no estaba menos turbado que yo; le preguntó si conocía al

consejero aulico, quien había sido buen amigo suyo. Hölderlin se inclino murmurando un chorro de palabras incomprensibles, de las que sólo podía entenderse: "Su Majestad..." Luego empezó a a hablar en francés, nos miró y reanudó sus cumplidos: "Su Alteza Real, es esa una pregunta a la cual no puedo, no debo dar respuesta". Nos habíamos quedado callados, pero la muchacha nos hizo signo de seguir hablando. Estábamos detenidos en el umbral de la puerta. Entonces dijo: "Precisamente, estoy a punto de hacerme católico, Majestad Real". Wurm le preguntó si le alegraban los recientes acontecimientos de Grecia. Recomenzó Hölderlin sus cumplidos y en medio de un torrente de sonidos sin sentido pudimos oír: "Majestad Real, es esa una pregunta a la cual no debo, no puedo responder". Durante toda nuestra visita sólo dijo una frase razonable, cuando Wurm comentó que desde la ventana podía verse una bonita vista de la campiña. "Sí, Majestad, muy bella, muy bella." Tras lo cual se puso en el centro de la habitación y empezó a hacer inclinaciones delante nuestro y a flexionar y levantar el cuerpo incansablemente, no diciendo otra cosa que: "Su Alteza Real, sus Altezas Reales..."».

Bettina Von Arnim

«...La princesa von Homburg le regaló un piano. Inmediatamente Hölderlin cortó las cuerdas, pero no todas, de manera que algunas teclas funcionaran todavía. Es sobre esas teclas sobre las que improvisa...».

Este texto es de 1840. Resulta curioso ponerlo en relación con otro testimonio de Waiblinger, sobre su visita de 1830:

«La música todavía le interesa. Recuerda la técnica pianística, pero toca de un modo extremadamente raro. A menudo se queda sentado ante

el piano durante días enteros. En otras ocasiones persigue una idea, casi infantil, y la interpreta cientos de veces, hasta que resulta insoportable. A esto hay que añadir que de vez en cuando le viene una especie de frenesí que le impulsa a recorrer como un relámpago todas las teclas. Y finalmente, el desagradable sonido de sus uñas, escesivamente largas... Cuando ha tocado el piano un cierto tiempo, sus ojos se cierran bruscamente, hecha la cabeza hacia atrás, se diría que está a punto de morir, pero entonces se pone a cantar. Nunca he podido, a pesar de haberlo oído varias veces, adivinar en que idioma cantaba, pero lo hacía con un patetismo desgarrador.»

Otro tema interesante es el del nombre. Waiblinger dice que a los visitantes los llamaba su Majestad, Su Santidad, Barón o, en ocasiones, Padre, y que cuando se le preguntaba su propio nombre, negaba llamarse Hölderlin y se hacía llamar Killalusimeno. Pero en 1846 Schwab escribía lo siguiente:

«Se llamaba a sí mismo Buonarrotti o Skartanelli y se hacía dar el título de Bibliotecario.»

Tampoco podía preguntársele la edad. A. Waiblinger, el cual le planteó tal pregunta, le contestó sonriendo: «Diecisiete años, señor Barón».

Fragmento de una entrevista del escritor Gustav Kühne con el carpintero Zimmer, en su visita a Hölderlin, en 1836.

«—Ya viene, ya viene —dijo el carpintero—, pero no quiere tocar, está de mal humor. Afirma que la fuente de la sabiduría está envenenada hoy, que los frutos del conocimiento son nueces huecas, un engaño. ¿Lo ve? Estaba en el ciruelo y me ha traído estas basuras. A veces hay cosas muy profundas en las insensateces que dice.

»Ibamos a salir cuando lo oímos en la escalera. Finalmente apareció ante nosotros el pobre desgraciado.

»El carpintero me presentó como un técnico que acababa de afinar el piano.

»—! Inútil, Inútil! —dijo Hölderlin precipitadamente—. Hay que arreglar el desacuerdo de otro modo. Está bien, está bien. Le conozco a usted desde hace tiempo. Su Gracia me es conocida desde siempre. Y si todo sigue tan mal para mí, hoy día, Júpiter llamará a consejo y no perdonara ni a su hermana ¡Sí señor!.»

Es curioso comprobar cómo los testimonios se contradicen. Parece como si sus visitantes esperaran encontrar exactamente el tipo de "Locura" que mejor les cuadre con la idea que tenían del poeta.

El último documento, una verdadera joya, es un testimonio del año mismo de la muerte de Hölderlin. Algo en este testimonio deja turbado el ánimo: parece una broma pesada que Hölderlin jugará al cándido visitante.

J. G. Fischer, informe de su visita a Hölderlin en 1843, año de su muerte.

«Mi última visita tuvo lugar en abril de 1843. Como debía salir de Tübingen en mayo, le pedí algunas líneas. Y él me dijo: "Como desée su Santidad. ¿Debo escribir sobre Grecia, la Primavera, el Espíritu del Tiempo?" Yo le pedí ésta última. Con los ojos brillando con un fuego juvenil, se acomodó en el pupitre, tomó una gran hoja, una pluma nueva y escribió, escandiendo el ritmo con los dedos de la mano izquierda sobre el pupitre y exclamando un «hum» de satisfacción al terminar cada línea, al tiempo que movía la cabeza en signo de aprobación...».

CRONOLOGÍA

1770. El 20 de marzo nace en Lauffen, Condado de Würtenberg, a orillas del Neckar, en la Suabia.

1772. Muere su padre y nace su hermana Heinrike.

1174. Su madre, que tiene 26 años, se casa con el Consejero Gock. Traslado a Nürtingen.

1176. Nace Karl Gock, su hermanastro.

1779. Muere su padrastro.

1784-86. Estudia en el seminario de Denkendorf (cerca de Nürtingen). Descubre la poesía de Klopstock y de Schiller.

1786-88. Estudia en el seminario de Maulbronn. Primeras amistades, Bilfinger, Nast (cuya prima, Louise, es su primer amor conocido).

1788-93. Estudios en Tübingen como becario. Pasión por Kant y Rousseau. Famoso encuentro con Hegel y Schelling y no menos célebre danza por el triunfo de de la Revolución Francesa, a pesar de las reticencias de Hegel. Son amonestados. Primeros *Himnos.*

1793-94. Por recomendación de Schiller ocupa la plaza de preceptor en el hogar de Madame von Kalb. Ama a Elise Lebret. *Hyperion.*

1794-95. Intenta estudiar en Jena como alumno libre, pero los apuros económicos son mortificantes. Finalmente, enfermo y arruinado, decepcionado por Schiller y harto de la filosofía vuelve a casa de su madre.

1796-98. Gracias a su amigo Isaac von Sinclair le ofrecen la plaza de preceptor en casa del banquero Gontard (en Frankfurt/Maine). Ama a la mujer del banquero, Suzette, la célebre *Diotima.*

1798-1800. El banquero decide despedirle. Sinclair lo alberga en Hamburgo. Proyecta una revista *(Iduna)* y lleva a cabo una gran actividad creadora: las tres versiones de *Empédocles; Elegías* y *Odas.*

1800. Vuelve a casa de su madre, en Nürtingen.

1801. De enero a abril trabaja de preceptor en la casa del comerciante Gonzenbach, en Suiza. Tras ser despedido vuelve con su madre. Muy afectado.

1802. De enero a junio ejerce de preceptor en casa del consul Mayer, en Bordeaux, pero a la muerte de Diotima tiene un acceso de locura y comparece en casa de su madre.

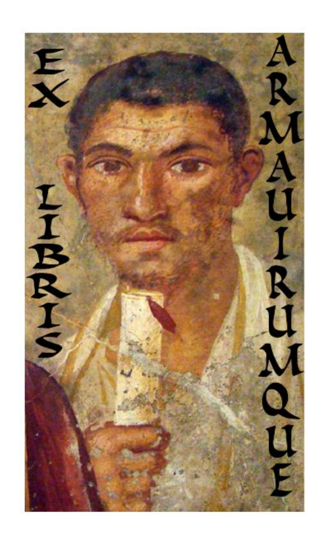
1802-04. Cuidan su enfermedad la madre y Sinclair. Es

el período de los grandes poemas: *Patmos, El pan y el vino, El Archipiélago,* etc.

1804-06. Sinclair consigue que lo nombren bibliotecario del Langrave de Hamburgo, pero el verse complicado en un proceso de traición hacia la Corte marchan los dos a Tubinga.

1806. En Tubinga es recluido en la clínica del doctor Authenrietch, pero el tratamiento sólo consigue empeorar su estado.

1807-43 Encerrado en la buhardilla del carpintero Zimmer, en Tubinga, allí pasará los últimos 36 años de su vida.



ÍNDICE